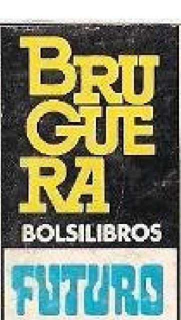
CONQUISTA ESPACIO

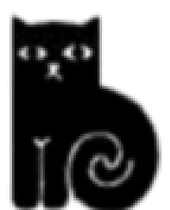


EL ATAQUE DE LAS MUJERES-PAJARO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

GANE 1 MILLON DE PESETAS





La conquista del ESPACIO

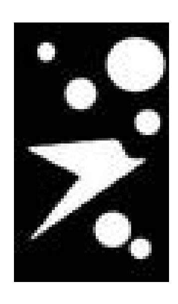
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

724 - *El planeta tenebroso.* Curtis Garland
725 - *Mundos en llamas*. Clark Carrados
726 - *Extranjero espacial.* Ralph Barby
727 - *La otra cara del espejo*. Clark Carrados.
728 - *El invasor errante*. Ralph Barby

Joseph Berna

EL ATAQUE DE LAS MUJERES-PÁJARO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 727
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS —
MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 35.768 – 1984

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: noviembre, 1984
1.ª edición en América: mayo, 1985

© **Joseph Berna** — 1984
texto

© **Almazán** —1984
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos

pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1984

CAPITULO PRIMERO

Saturno.

Año 2192.

Viktor Bosanska ocupaba una de las habitaciones del hotel Strong. Hacía sólo unos minutos que se había levantado de la cama, en la que había dormido casi doce horas seguidas a pierna suelta, y ahora se encontraba en el baño, dándose una ducha.

Era un tipo alto y atlético, moreno, no mal parecido. Tenía treinta años de edad, recién cumplidos. Tan recién cumplidos, que todavía no había podido celebrarlo, porque le pilló en su nave, surcando el espacio sideral.

Pero lo iba a celebrar ahora, en Saturno, donde pensaba permanecer por lo menos una semana entera sin hacer nada. O haciendo mucho, según se mirase, porque pensaba divertirse de lo lindo.

De ahí que Viktor Bosanska se sintiese alegre y feliz aquella mañana, y lo demostraba silbando una melodía mientras el agua de la ducha caía sobre su desnudo cuerpo, que él se friccionaba vigorosamente, sin olvidar un solo rincón.

Cuando consideró que ya estaba bien de ducha, cerró la llave del agua y atrapó la toalla, procediendo a secarse con ella. Todavía no había terminado, cuando sonó el timbre de la puerta.

Viktor se enrolló la toalla a la cintura, la sujetó bien para que no se le cayera por el camino o cuando él menos lo esperase, y salió del baño. ,

Cruzó rápidamente la habitación y pulsó el pequeño disco verde que se veía en la pared, junto a la puerta. Esta se abrió, suave y silenciosamente, y Viktor pudo ver a la persona que había llamado.

Era una de las camareras del hotel, joven y

atractiva, como todas, porque en el hotel Strong sabían elegir al personal femenino. Y sabían, también, cómo vestir a las camareras para que fuesen un auténtico regalo para la vista.

Botas basta la rodilla, brillantes y llamativas; breve faldita, para que pudieran lucir sus bonitas piernas; y un minichaleco, del mismo color, que dejaba al descubierto todo el estómago y bastantes centímetros de busto.

Lo dicho, un verdadero regalo para la vista.

Y Viktor miró, claro.

La camarera, que tenía el pelo rojizo, muy bonito, lo miró a su vez, sorprendida al parecer de que Viktor le hubiese abierto así, envuelto en una toalla que podía soltarse en cualquier momento y dejarlo con todo al aire.

—¿He sido inoportuna, señor? —preguntó.

—En absoluto —respondió Viktor, con una agradable sonrisa.

—He venido a arreglarle la cama. ¿Puedo hacerlo ahora o vuelvo más tarde?

—Pasa, preciosa.

La camarera entró en la habitación y Viktor volvió a pulsar el pequeño disco verde, para que la puerta se cerrara.

—Solía venir Dalia — dijo.

—¿Cómo?

—Que solía venir Dalia a arreglarme la cama. Una rubia muy simpática y muy cariñosa.

—Oh, si, Dalia —carraspeó la 'camarera—. Ya no trabaja en el hotel.

—¿No...?

—Se marchó hace un par de semanas.

—Vaya.

La camarera fue hacia la cama, de diseño circular, comodísima, y comenzó a arreglarla. Al inclinarse, porque la cama era bastante baja, la corta faldita se fue para arriba y...

Viktor ahogó un silbido al contemplar el magnifico trasero de la pelirroja, prácticamente desnudo, porque el slip dorado era descaradamente reducido y no cubría casi nada.

La camarera continuó con su tarea.

Viktor emitió una tosecita y preguntó:

—¿Cómo te llamas tú, preciosa?

—Brigitta, señor.

—No te había visto nunca.

—Soy nueva. Entré unos días antes de que Dalia se marchara.

—Puede decirse, entonces, que eres su sustituta...

—Sí, puesto que hago el trabajo que ella hacía.

Viktor se aproximó.

La camarera le miró un instante.

—Cuidado con la toalla, señor.

—¿Qué?

—Se le puede soltar y...

Viktor rió.

—Tranquila, eso no sucederá.

—¿Está seguro?

—La llevo bien sujeta.

—Yo también creo sujetármela bien, pero más de una vez se me ha caído —confesó la camarera, sonriendo.

—¿Y había alguien contigo, en ese momento...? —preguntó Viktor.

—Afortunadamente, no.

—Ojalá hubiera estado ya.

La camarera soltó una risita.

—Es usted un pícaro.

—Y tú una chica muy simpática, Brigitta. Tanto o más que Dalia.

—Gracias, señor.

—¿Eres tan cariñosa como ella, también...?

—Depende.

—¿De qué?

—De con quien esté. Si estoy con alguien que me

gusta...

—Claro. Si el tipo no te gusta, es natural que no te muestres cariñosa con él

—Exacto.

Viktor guardó silencio unos segundos, porque la camarera ya estaba terminando su trabajo. En efecto, la chica se irguió y dijo:

—La cama ya está arreglada, señor.

—Perfecto.

—¿Desea alguna cosa más?

—Sí, Brigitta. —Diga, señor.

—Que me ayudes a desarreglarla.

La camarera parpadeó.

—¿Cómo dice...?

Viktor dio un paso hacia ella, la enlazó por la desnuda cintura, y la atrajo hacia sí con energía, aunque no exenta de delicadeza.

—Dalia me gustaba, pero tú aún me gustas más, Brigitta.

—Señor...

—Hacía el amor con ella siempre que me alojaba en este hotel.

—¿De veras?

—Sí, yo le caía muy bien.

—Entiendo.

—¿Qué tal te caigo a ti, Brigitta?

—Bueno, la verdad es que...

—¿Te gusto?

—Mentiría si dijera que no, porque es usted un hombre muy apuesto, pero...

Viktor la besó.

Largamente.

Con ardor.

La camarera no ofreció ninguna resistencia. Cuando separó su boca de la de ella, Viktor la miró a los ojos y preguntó:

—¿Qué?

—Me ha dejado turulata —confesó la pelirroja.

Viktor sonrió y deslizó su mano derecha hacia la dorada cadenilla que sujetaba el atrevido minichaleco.

—Ayúdame a celebrarlo, Brigitta.

—¿El qué?

—Mi cumpleaños.

—¿Es hoy su cumpleaños...?

—No, fue hace unos días, pero me pilló de viaje y aún no he podido celebrarlo.

—¿Cuántos cumplió?

—Treinta.

—Felicidades.

—Gracias. ¿Cuántos tienes tú, Brigitta?

—Veintidós.

—Y que «dos»... —murmuró Viktor, porque ya había soltado la cadenilla dorada y abierto el minichaleco, descubriendo totalmente los senos de la camarera.

Unos senos desarrollados, firmes, sensacionales de verdad.

Viktor los acarició expertamente, obligando a la pelirroja a estremecerse de placer.

—Por favor, señor... —musitó la chica, con los ojos cerrados.

—Llámame Viktor.

—Por favor, Viktor...

—¿Me ayudas a deshacer la cama o no?

—Sí... Digo, no...

—¿En qué quedamos?

—Verá, yo...

Viktor la besó de nuevo y, sin separar sus labios de los de ella, la hizo caer suavemente sobre la redonda cama, en donde siguió con el profundo beso y con las excitantes caricias.

La camarera le echó los brazos al cuello, demostrando con ello que se habían acabado ya sus dudas. Deseaba hacer el amor con él y no iba a oponer ninguna resistencia.

No obstante, Viktor interrumpió el beso y preguntó:

—¿Lo has decidido ya, Brigitta?

—Sí, te ayudaré a deshacer k cama, Viktor —respondió la camarera, con una sonrisa, y ahora fue su boca la que buscó el nuevo contacto con los expertos labios masculinos.

Viktor se disponía ya a tirar de la breve faldita, cuando, de repente, sonó el timbre de la puerta.

CAPITULO II

Naturalmente, Viktor Bosanska tuvo que olvidarse de la faldita de la camarera e interrumpir el beso. Brigitta, que había respingado al oír el timbre, exclamó:

—¡Están llamando!

—Sí, lo he oído —rezongó Viktor, realmente contrariado, porque la llamada no había podido ser más inoportuna.

Brigitta le soltó el cuello, brincó de la cama, y se cerró nerviosamente el minichaleco.

—¡Tengo que marcharme!

Viktor saltó también de la cama y cogió a la camarera del brazo.

—¿Marcharte...?

—¡No puedo quedarme, compréndalo!

—Podrías esconderte en el baño.

—¡No, sería demasiado arriesgado!

—¿Volverás, Brigitta?

—No lo sé.

—La cama vuelve a estar desarreglada. Tendrás que volver y arreglarla de nuevo.

La camarera esbozó una sonrisa.

—De acuerdo, volveré.

—Te estaré esperando, preciosa —dijo Viktor, y la besó.

Justo en ese momento, volvió a sonar el timbre.

Brigitta respingó de nuevo y se separó bruscamente de Viktor, corriendo seguidamente hacia la puerta.

—¡Adiós!

—¡No tardes, Brigitta! ¡Recuerda que hemos de celebrar mi cumpleaños!

La camarera rió y pulsó el pequeño disco verde.

Mientras la puerta se abría, Viktor se preguntó quién podría ser el culpable de que él y Brigitta no hubieran podido hacer el amor. Cuando vio de quién se trataba, no pudo reprimir un respingo.

—¡Jana! —exclamó, aunque sin alzar la voz.

Jana Ceskova, de veinticinco años de edad, hermosa cabellera rubia, ojos muy azules, labios tentadores, y cuerpo realmente escultural, se fijó en la pelirroja camarera antes que en él.

Brigitta se apresuró a salir de la habitación y se alejó rápidamente.

Jana posó entonces su mirada en Viktor y, al verlo envuelto en una toalla, junto a la cama, sonrió irónicamente y penetró en la habitación, cerrando la puerta.

—Lo estabas pasando bien con la camarera, ¿eh, Viktor?

Bosanska tosió.

—No seas malpensada, Jana. La camarera vino a arreglarme la cama.

—¿Sólo a eso...?

—Te doy mi palabra.

—Pues se fue sin arreglarla... —observó la belleza rubia, mirando la cama.

Viktor tostó de nuevo.

—Iba a empezar cuando llamaste tú, Jana.

—Sigues tan embustero como siempre.

—Jana, yo te aseguro que...

—La camarera estaba contigo en la cama, cuando yo llamé. Por eso tardó tanto en abrir. No podía hacerlo desnuda...

—¡No estaba desnuda!

—Claro que lo estaba. Y tú también, Viktor, Sólo te dio tiempo a enrollarte la toalla.

—¡Te digo que te equivocas, Jana!

La rubia emitió una risita.

—No discutamos, Viktor. Al fin y al cabo, eres muy libre de hacer el amor con quien te parezca. No estás casado, que yo sepa. Y ni siquiera tienes novia.

Viktor se aproximó.

Jana le apuntó con el dedo.

—No se te caerá la toalla, ¿verdad?

—No verías nada nuevo.

—Pero sí algo que no siento el menor deseo de volver a ver.

—¿Estás segura?

—Lo nuestro acabó, Viktor.

—Pero no debió acabar nunca, porque lo pasábamos fenomenal.

—Tú lo pasas fenomenal con todas. Incluidas las camareras de los hoteles —replicó Jana, que vestía un traje lila, de una sola pieza, brillante, ajustado.

Estaba tan deseable así, con todas y cada una de las curvas de su hermoso cuerpo perfectamente dibujadas, que Viktor no pudo resistir la tentación de alargar sus manos hacia la estrecha cintura de Jana, con intención de rodearla y...

No pudo ser, porque lana Ceskova dio un salto hacia atrás y quedó fuera del alcance de sus manos.

—¡No te atrevas a tocarme.

Viktor! Bosanska lanzó un suspiró y se cruzó de brazos.

—Está bien, no volveré a intentarlo.

—Más te valdrá.

—Dime una cosa, Jana. Si no quieres que te ponga las manos encima, ¿a qué diablos has venido?

—A tratar de un negocio contigo.

—¿Negocio...?

—Eso he dicho.

Viktor, intrigado, preguntó:

—¿Qué clase de negocio, Jana?

—Necesito tu nave.

—¿Para qué?

—Quiero ir a Dorox.

—¿Dorox...?

—Sí.

—eso está muy lejos, Jana.

—Ya lo sé. Pero tu nave es rápida, Viktor. La más veloz que conozco.

—Eso es verdad, pero...

—Te pagaré lo que me pidas.

Viktor Bosanska se tironeó la oreja.

—¿Por qué quieres ir a Dorox?

—Conoces a tío Julius, ¿verdad?

—Sí, me lo presentaste una vez.

—Se encuentra en Dorox. Y quiero reunirme con él.

—¿Puedo saber qué hace Julius Klusak en ese lejano planeta...?

—Realiza una labor de investigación.

—Vaya.

—¿Me llevarás a Dorox, Viktor?

—Sí, no puedo negarme. Pero tendrás que esperar una semana.

Jana Ceskova respingó.

—¿Una semana...?

—Sí, no podremos salir antes.

—¿Por qué?

—No sé si lo sabrás, Jana, pero llegué anoche a Saturno. He estado tres largas semanas de viaje y llegué cansado. Necesitaré siete días por lo menos para reponerme.

—¿Y te va a ayudar la camarera pelirroja...?

—¿Qué?

—¡A recuperar las fuerzas, digo!

Viktor tosió.

—Ya estás pensando mal otra vez, Jana.

—¡Confiesa que tú lo que quieres no es descansar, sino divertirte antes de emprender un nuevo viaje!

—Bueno, aunque fuera así, tengo derecho, ¿no? Tres semanas sin estar con una mujer, es mucho tiempo.

—¡Mucho más hace que no estoy yo con un hombre!

—¿De veras?

Jana volvió a apuntarle con el dedo.

—¡Te prohíbo que hagas ningún comentario al respecto, Viktor!

Este carraspeó,

—Bueno, yo sólo iba a decir que...

—¡Ni una palabra!

—Podría ser la solución, Jana.

—¿El qué?

—Verás, puesto que yo necesito una mujer, y tú hace tiempo que no estás con un hombre, he pensado que...

Jana Ceskova enrojeció de ira.

—¡No sigas!

—¿No te gusta la idea?

—¡Antes me corto las venas que vuelvo a hacer el amor contigo!

—Entonces, no tendrás más remedio que esperar una semana. O buscar otra nave, claro.

Jana apretó los puños con rabia.

—¡Eres un sucio chantajista, Viktor!

—¿Por qué?

—¡Adivinas que me urge salir hacia Dorox! ¡Y sabes que necesito tu nave!

—Y yo necesito una mujer. Lo que te propongo no es chantaje, sino favor por favor —repuso Viktor, mirándose las uñas de la mano derecha con deliberada indiferencia.

Jana, colérica, dio una patadita en el suelo.

—¡Siento deseos de morderte en el cuello!

—Yo a ti también, ya ves. En el cuello... y en muchos otros sitios, como cuando tú y yo...

—¡Cállate!

—¿No te gusta que te lo recuerde...?

—¡Me pone enferma!

—Bien, tú verás lo que decides. Si quieres salir esta tarde hacia Dorox, en mi nave, ya puedes empezar a desnudarte. Y si no, adiós muy buenas.

Jana lo desintegró con los ojos.

Durante unos segundos pareció que iba a dar media vuelta y largarse a toda prisa. Sin embargo, logró dominar su furia y dijo:

—Tú ganas, maldito. Consentiré que me poseas, pero no aquí, sino en la nave, cuando hayamos partido.

—La cama de esta habitación es muy cómoda —aseguró Viktor.

—¡He dicho en la nave! —se exaltó de nuevo Jana.

—De acuerdo, en la nave. Sáldremos a las cinco.

—¡Bien!

Jana saltó a pulsar el pequeño disco verde, la puerta se abrió, y ella saltó de la habitación con paso furioso, mientras Viktor sonreía y decía en tono bajo:

—Va a ser un viaje muy divertido.

CAPITULO III

A las cinco menos algunos minutos, Jana Ceskova acudió al astropuerto saturniano en donde se hallaba posada la nave de Viktor Bosanska. Una nave pequeña, pero segura e increíblemente veloz.

Jana, lógicamente, llevaba un traje térmico, para

protegerse de la bajísima temperatura remante en Saturno; una mochila de aire, para poder respirar; y botas especiales, que le permitían caminar con bastante normalidad, como si la gravedad de Saturno fuera similar a la de Tierra.

Todo ello no era necesario para moverse por las distintas ciudades levantadas en Saturno, ya que habían sido construidas bajo gigantescas cúpulas de sólido material transparente, totalmente herméticas, lo que permitía mantener reguladas la presión y la temperatura, y respirar un aire con la suficiente cantidad de oxígeno, que se renovaba continuamente.

Pero claro, cuando se salía de las ciudades, había que equiparse convenientemente. Y eso había hecho Jana Ceskava, porque el astropuerto no se hallaba, como es lógico, protegido por aquellas enormes cúpulas que permitían a la gente moverse bajo ellas con la misma comodidad que si se encontrasen en la Tierra.

Jana, que portaba una bolsa de viaje, en la que había colocado sólo lo imprescindible, alcanzó la nave de Viktor Bosanska. La metálica rampa de descenso estaba preparada para permitirle el acceso a la nave, lo que demostraba que Viktor se encontraba ya en ella.

Había cumplido, pues, su palabra.

Jana no lo había puesto en duda en ningún momento, conociendo como conocía la condición exigida por el granuja de Viktor. Por tenerla nuevamente en sus brazos, cubrirla de besos y caricias, y hacerla suya, Viktor iría no sólo a Dorox, sino al más recóndito rincón del Universo.

¡Seguro que iría!

Jana ascendió por la rampa metálica y se introdujo en la cabina estanca, preparada también para recibirla. Accionó el resorte que cerraba la puerta y después hizo lo propio con el regulador de

presión.

Cuando ésta fue idéntica en la cabina estanca que en el interior de la nave, la otra puerta se abrió automáticamente y Jana salió de la cabina.

Lo primero que hizo fue despojarse de la escafandra y de las botas especiales, muy molestas para moverse en una gravedad normal, como la existente en el interior de la nave.

Se estaba despejando también de la mochila de aire y del traje térmico, cuando apareció Viktor Bosanska. Venía de la cabina de mandos y sonrió al verla.

—Hola, Jana.

—¿La nave está dispuesta para partir, Viktor? —preguntó ella, con el semblante serio.

—Sí, lo tengo todo a punto.

—En marcha, pues.

Viktor, que luda un ligero mono de vuelo, plateado, y calzaba botas cortas, muy flexibles, se acercó y accionó el mecanismo que replegaba la rampa de descenso.

Jana se había despojado ya del traje térmico. Llevaba debajo el mismo traje lila con el que se personara en el hotel Strong, así que estaba igual de deseable que por la mañana.

Viktor, seguro de que esta vez Jana no le rechazaría, porque él tenía la sartén bien cogida por el mango, alargó las manos y rodeó la cintura femenina.

Jana, en efecto, no se hizo atrás, pero le puso las manos en el pecho.

—¿Qué vas a hacer?

—Darte un beso.

—Déjalo para después.

—Me apetece besarte ahora.

—Lo que debes hacer ahora, es meterte en |a cabina de mandos y despegar.

—Si no hay beso, no hay despegue.

Los preciosos ojos azules de Jana Ceskova centellearon.
—Continúas con los chantajes, ¿eh?
—Hicimos un trato, ¿recuerdas?
—Pienso cumplirlo, no te preocupes.
—Demuéstramelo.
—Cuando Saturno haya quedado atrás. Me urge llegar a Dorox, ya lo sabes.
—Sólo te pido un beso, no que hagamos el amor ahora.
—Está bien, dámelo. Pero no esperes que yo colabore, ¿eh? —advirtió Jana.
—Haz lo que quieras —sonrió Viktor, y la besó, recreándose mucho en la acción.
La boca de Jana permaneció insensible desde el primer segundo al último, pese a los esfuerzos de Viktor por obtener una respuesta activa y gratificante.
Tras el beso, Viktor dijo:
—¿Qué pasa, Jana? ¿Te has convertido en una mujer de hielo…?
—Para ti, sí.
Viktor sonrió.
—El hielo se funde con el calor del fuego, ¿sabes?
—Sólo te ha faltado añadir que tú eres una antorcha —repuso Jana, burlona.
—Soy más que eso cuando te tengo en mis brazos. Soy un auténtico soplete.
Jana se separó de él, asegurando:
—Ese soplete no hará ninguna mella en mí, te lo garantizo. Y ahora, por favor, haz despegar tu nave.
—Muy bien.
Viktor fue hacia la cabina de mandos y Jana se dirigió hacia los camarotes. Sólo había dos y ella sabía cuál era el de Viktor, así que se introdujo en el otro con su bolsa de viaje.

* * *

Hacía exactamente tres horas que la nave había despegado del astropuerto saturniano y desarrollaba ya una velocidad fantástica. Todo funcionaba' perfectamente, por lo que Viktor Bosanska conectó el piloto automático y se levantó del sillón.

No había despegado sus posaderas del asiento ni una sola vez desde que salieran de Saturno. Tres horas enteras llevaba allí, en la cabina de mandos, solo, porque Jana Ceskava no se había dejado ver.

Viktor abandonó la cabina y fue en su busca, esperando encontrarla en su camarote, pero se equivocó. Jana estaba en el compartimento que hacía las veces de comedor y sala de estar, sentada en el cómodo sofá.

Viktor se llevó una grata sorpresa, pues, sobre la mesa, había comida y bebida para dos personas, correctamente dispuestas, como si se tratara de la mesa de un hotel y hubiera sido preparada por un experto camarero.

—¿Me estabas esperando para cenar, Jana...?

—Sí.

—¿Por qué no me avisaste?

—No quise entrar en la cabina de mandos. Me podía haber costado otro beso.

—¡Seguro! —exclamó Viktor, riendo, y se sentó junto a ella.

Jana empezó a comer, antes de que Viktor le exigiera un beso, y éste la imitó. Los dos tenían apetito y dieron buena cuenta de todo, incluida la bebida.

Tan pronto como terminaron, Viktor le pasó el brazo por los hombros a Jana, pero ésta se escurrió como una anguila y se puso en pie, diciendo:

—Aquí no, Viktor; en mi camarote.

—Está bien, en tu camarote —sonrió él,

irguiéndose también.

—-Pero no ahora, Viktor. Dentro de dos horas.

—¿Dos horas...?

—Quiero tener una digestión tranquila. Si me hicieras el amor ahora, me sentaría mal la cena y me vería obligada a devolverla —aseguró Jana, y abandonó el compartimento.

Viktor estuvo tentado de ir tras ella, pero cambió de parecer. Al fin y al cabo, Jana no se le podía escapar. La tendría en sus brazos dentro de dos horas y gozaría con ella como siempre que la hacía suya.

¡Y ella, gozaría también, ya se encargaría él de ello!

* * *

Cuando el reloj digital de la cabina de mandos indicaba las 22.30, Viktor Bosanska volvió a conectar el piloto automático y se levantó del sillón.

Habían transcurrido las dos horas de plazo que le pidiera Jana, así que podía acudir a su camarote. Ahora ya no podría ponerle ninguna excusa y tendría que consentir que le hiciera el amor.

Viktor salió de la cabina de mandos y fue directamente al camarote de Jana. Como sabía que ella le estaba esperando, no se molestó en llamar. Abrió la puerta y penetró en el camarote.

Jana, efectivamente, le estaba esperando acostada en la litera. La sábana la cubría casi hasta el cuello, pero Viktor supo que se hallaba completamente desnuda, pues el traje lila yacía sobre una banqueta, lo mismo que un diminuto slip plateado.

Ella le oyó entrar, pero no lo miró.

Viktor carraspeó y preguntó;

—¿Estás lista, Jana?

—Sí, puedes empezar cuando quieras —respondió ella, al tiempo que retiraba la sábana y descubría

totalmente su cuerpo desnudo.

Viktor pastó la mirada por él y le pareció más hermoso, más perfecto y más excitante que nunca. Sin pronunciar una sola palabra, se despojó de las botas, del mono de vuelo, y del slip.

Jana, que lo observaba por el rabillo del ojo, con gran disimulo, ladeó la cabeza, posó claramente su mi- rada en la parte media del cuerpo de Viktor, y se echó a reír.

—¿Estás seguro de que me deseas, Viktor...?

CAPITULO IV

Viktor Bosanska se miró y en seguida comprendió por qué Jana Ceskova le había hecho aquella pregunta en tono claramente burlón, así como su risa.

Era para burlarse y para reírse, desde luego, porque su masculinidad parecía totalmente ajena a lo que allí estaba sucediendo. Es más, parecía no querer saber nada de la mujer que, completamente desnuda, aguardaba tumbada en k litera el momento de ser poseída.

Viktor lo veía y no lo creía.

¿Cómo era posible aquella total indiferencia de su...?

Se sintió ridículo.

Y desconcertado, muy desconcertado, porque él deseaba a Jana y anhelaba cubrirla de besos y de caricias, estrecharla con pasión, poseerla vigorosamente.

¿Qué explicación podía tener aquello...?

Jana Ceskova parecía tener ya una, pues dijo:

—La camarera pelirroja debió darte mucha «guerra», ¿eh, Viktor?

Bosanska pensó en la atractiva Brigitta.

¿Sería ella la causa de...?

No, no podía ser.

Brigitta volvió a los pocos minutos de haberse marchado Jana, desde luego, pero sólo estuvo media hora en la habitación. Aprovecharon muy bien el tiempo, ciertamente, pero no dejaban de ser sólo treinta minutos y eso era muy poco para dejar totalmente fuera de combate a un tipo joven, sano y fuerte como él.

Viktor había librado batallas amorosas mucho más largas y duras, y jamás se había visto noqueado de aquella manera. Era totalmente incomprensible.

Jana irguió el torso y quedó sentada en la litera.

—Será mejor que te largues, Viktor —dijo, con burlona expresión.

Bosanska se cubrió con las manos, avergonzado.

—Jana, yo te aseguro que la camarera no tiene nada que ver en lo que me pasa.

—Te exprimió como a un limón, confiésalo.

—Te juro que no.

—Todas las pelirrojas suelen ser fogosas, pero ésa debe ser la reina de la pasión. Te ha dejado completamente inútil de cintura para abajo.

Viktor sacudió la cabeza.

—Estás equivocada, Jana.

—¿Pretendes hacerme creer que no pasó nada entre esa guapa camarera y tú...?

—Pasó, pero muy poco.

—Está bien, no quiero discutir. Lo que quiero es dormir —dijo Jana, echándose de nuevo en la litera y cubriéndose con la sábana—. Lárgate, Viktor.

Este carraspeó.

—Espera un momento, Jana.

—¿Para qué?

—Esto tiene que pasar...

—Pues cuando pase, vuelves. Me encontrarás aquí, no te preocupes.

—Nunca me había sucedido nada igual, te lo aseguro.

—A mí tampoco. Y es humillante, ¿sabes? Estar desnuda delante de un hombre, y ver que él no siente nada...

—Yo lo siento todo, créeme.

—Será con el pensamiento, porque con lo demás...

Viktor tosió.

—Deja que te bese y te acaricie, Jana. Tal vez así...

—Ni hablar.

—No puedes negarte. Recuerda nuestro trato.

—Lo recuerdo muy bien, Viktor. Dije que consentiría que me poseyeras. Y consentiré, no lo dudes. Pero cuando tú estés en condiciones de poseerme. Si esta noche no lo estás, no es culpa mía, sino de la camarera pelirroja. Pero no desesperes, hombre. Si no puedes hacerme el amor esta noche, ya me lo harás mañana.

Viktor masculló algo, pero no insistió. Y es que, en el fondo, temía que los besos y las caricias no sirviesen de nada y Jana volviera a burlarse de él, así que prefirió recoger su slip, su mono de vuelo, y sus botas, y abandonar el camarote.

En cuanto salió, Jana rompió a reír.

—¡Te ha salido el tiro por la culata, compañero! —exclamó.

Y es que ella sabía por qué Viktor se hallaba totalmente noqueado de ombligo para abajo.

¡Vaya si lo sabía!

* * *

Viktor Bosanska durmió muy mal aquella noche, por culpa de su fracaso con Jana Ceskava, precisamente la mujer a la que más deseaba, porque no había conocido otra como ella.

Nunca se había sentido tan ridículo ni tan

avergonzado de sí mismo.

Tanto decir que necesitaba una mujer y, cuando la tenía a su disposición, desnuda, esperándole echada en la litera, tenía que largarse porque no podía hacerla suya.

Preocupado, y con un humor de perros, se levantó, se ablucionó, se vistió, y salió del camarote. Fue directamente a la cabina de mandos, para comprobar que todo iba bien.

La nave, en efecto, seguía el rumbo programado.

No había habido alteración alguna.

Viktor, sentado ya en su sillón, desconectó el piloto automático y se hizo cargo de los mandos. No quería pensar en lo sucedido la noche pasada, pero era muy difícil apartarlo de su mente. Y se repetía, una y otra vez, la misma pregunta.

¿Podría hacer el amor con Jana aquella noche...?

Pensaba que sí, claro, pero...

—Buenos días —saludó Jana Ceskova, entrando en la cabina de mandos con sendas tazas de humeante café en las manos.

Viktor respingó al oírla y se volvió.

—Hola —respondió, ceñudo.

Se habían cambiado las tornas, pues ahora era Jana la sonriente y Viktor el serio, como consecuencia, claro, de lo ocurrido la noche pasada.

—Toma, ésta es para ti.

—Gracias —respondió Viktor, aceptando la taza que le ofrecía lana.

Esta se sentó en el sillón del copiloto y se llevó su taza a los labios, ingiriendo un poco de café mientras contemplaba la maravillosa inmensidad del Cosmos a través del mirador de la cabina de mandos.

Viktor vació su taza de un par de largos tragos.

Jana lo miró.

—¿Te traigo más café?

—No, gracias.

—¿Por qué me hablas con esa cara de perro?

—¿Cara de perro...?

—Sí, sólo falta que me ladres. Y yo no tengo la culpa de que tu problema persista.

Viktor pareció recibir una bofetada.

—¿Quién te ha dicho que>persiste?

—Bueno, de no ser así, hubieras vuelto a mi camarote...

—Iré esta noche.

—¿Te has recuperado ya?

—Totalmente.

—Me alegro por ti, aunque lo siento por mí, claro. No me gusta que me obliguen a hacer el amor.

—Un trato es un trato, amiga mía.

—Sí, ya lo sé.

Viktor guardó silencio.

Jana, algunos segundos después, preguntaba:

—¿Cuándo llegaremos a Dorox?

—Si no surgen problemas, haremos el viaje en seis días.

—Magnífico.

Jana se levantó y dejó la cabina de mandos, llevándose las dos tazas.

* * *

Aquella noche, en cuanto terminaron de cenar, Jana Ceskova hizo ademán de levantarse del sofá, pero Viktor Bosanska la rodeó con sus brazos y se lo impidió.

—Un momento, Jana.

—¿Qué quieres?

—Besarte.

—Luego, cuando vengas a mi camarote. Te espero a las diez y media, como ayer.

—No puedes negarme un anticipo — dijo Viktor, y la besó con ganas.

Jana no ofreció resistencia.

Y tampoco lo hizo cuando Viktor le abrió el traje

y comenzó a acariciarle tos senos. Es más, sonrió interiormente, pues sabía por qué lo hacía.

Viktor quería asegurarse, antes de acudir a su camarote, de que aquella noche podría quedar como un hombre. Pero, desgraciadamente para él, comprobó que todo seguía igual.

En vista de que no conseguía nada, se separó bruscamente de Jana y barbotó:

—¡Maldita sea!

Jana se cerró tranquilamente el traje, se puso en pie, y dijo en tono burlón:

—Te estaré esperando con impaciencia, cariño.

Después, salió del compartimento moviendo deliberadamente sus magníficas caderas, convencida de que ni eso, ni ninguna otra cosa, haría que Viktor acudiese a su camarote aquella noche.



Viktor Bosanska, efectivamente, no acudió al camarote de Jana Ceskova aquella noche.

Ni la siguiente.

Ni la otra...

Su problema continuaba.

Y continuaría durante el resto del viaje, porque Jana pensaba seguir echándole unas cuantas gotas en el café, en el vino, o en el cualquier otra bebida, de la droga que consiguiera en Saturno, y cuya finalidad no era otra que provocar una impotencia total en el individuo que la ingiriera.

Una impotencia pasajera, naturalmente, pues bastaba con dejar de tomar la droga durante un día entero para que el individuo volviera a la normalidad.

Viktor, claro, no sospechaba que Jana le estaba drogando diariamente para evitar que le hiciera el amor. Y, lógicamente, cada día que pasaba se sentía

más preocupado y de peor humor.

Aquella mañana, cuarta desde que emprendieran el viaje, Jana acudió como de costumbre a la cabina de mandos con un par de tazas de café. Y en una de ellas, por supuesto, había echado la correspondiente dosis de droga.

—Buenos días, Viktor —saludó, sonriente.

Bosanska respondió con un gruñido, pero aceptó la taza de café cuando Jana se la ofreció. Y se la bebió toda en sólo unos segundos, como solía hacer siempre.

Jana ocupó el otro sillón y tomó un sorbo de café.

—Tampoco viniste anoche, Viktor...

—No quiero hablar de ello —masculló él.

—Lo comprendo. Es muy duro lo que te pasa. Pero piensa que no hay mal que cien años dure...

—Yo no estoy enfermo.

—Por supuesto que no. Yo no soy médico, pero me atrevería a afirmar que lo tuyo es un empacho de mujer.

—¿Qué...? — exclamó Bosanska.

—Sí, Viktor. Estuviste tres semanas de viaje, sin ver una mujer, y cuando regresaste a Saturno quisiste recuperar el tiempo perdido con aquella camarera pelirroja. Te diste tal atracón con ella, que quedaste saciado para varios días. Pero, en cuanto el empacho pase, volverás a...

—¡Pero qué empacho ni qué mono muerto! —rugió Viktor—. ¡Sólo estuve un rato con Brigitta!

—¿Con «Braguita», has dicho...? —exclamó Jana-—. ¡Llamándose así, no me extraña que...!

—¡Fuera de aquí! —tronó Viktor—. ¡Lárgate y déjame tranquilo!

Jana se levantó en seguida y. abandonó la cabina de mandos, sin poder contener la risa.

CAPITULO V

Sexto día de viaje.

El reloj de la cabina de mandos indicaba exactamente las 16.30 horas cuando la cámara telescópica de la nave captó el planeta Dorox, ofreciendo su imagen en la pantalla.

Era un planeta relativamente pequeño, misterioso todavía, pues prácticamente no había sido explorado, así que se sabía muy poco de él Sólo que era un mundo solitario, alejado de los planetas que, como él, giraban alrededor de la estrella Sira, el sol que proporcionaba luz y calor a Dorox.

Para Jana Ceskova, era la hora de la siesta, por lo que Viktor Bosanska no quiso despertarla. Ya lo haría cuando la nave alcanzase el planeta y comenzara a sobrevolar su superficie, para lo cual aún habían de transcurrir algunos minutos.

Lo primero, era iniciar el proceso de desaceleración de la nave, ya que de mantener aquella fantástica velocidad, la nave pasaría de largo, sin tiempo apenas para dar una fugaz mirada a Dorox.

Viktor activó los retrocohetes y la nave empezó a perder velocidad, aunque aún tardaría varios minutos en alcanzar la velocidad ideal necesaria para poder sobrevolar la superficie de Dorox.

En la pantalla telescópica, la imagen de Dorox se veía cada vez más grande a medida que la nave iba aproximándose al planeta. No tardaría en verse directamente a través del mirador de la cabina de mandos.

Mientas la nave se acercaba a Dorox, Viktor, con el ceño fruncido, no pudo evitar el hacer un balance de lo que había sido aquel viaje. Y el balance no pudo ser más negativo.

Para él, claro.

Pensaba que el viaje iba a ser muy divertido, con la bella pero arisca Jana sometida en todo momento a sus deseos, pero la realidad había sido bien distinta.

Seis días perdidos.

Y seis noches perdidas, que aún era peor.

No había podido hacer suya a Jana ni una sola vez, porque seguía incapacitado para ello. Y, encima, tenía que soportar las burlas, más o menos veladas, de Jana, que se estaba divirtiendo mucho a su costa.

¡Ella sí que había disfrutado en aquel viaje!

Viktor apretó los dientes con rabia.

—Es como un castigo del cielo… Quise obligar a Jana a hacer el amor conmigo, y cuando ella accedió, porque no tenía más remedio, me quedo impotente —rezongó.

—¿Qué decías de un puente, cariño…?

Viktor respingó al oír la voz de Jana y se volvió, comprobando que acababa de entrar en la cabina de mandos. La expresión de su rostro, como de costumbre, era burlona.

—Yo no decía nada de ningún puente —gruñó.

—¿De qué hablabas, entonces?

—No estaba hablando. Sólo murmuraba.

—¿Sobre qué?

—Estamos llegando a Dorox.

—¡Oh! —exclamó Jana—. ¿De veras, Viktor?

—Ahí lo tienes.

Jana se sentó en el sillón del copiloto y observó el planeta a través del mirador.

—¡Es fantástico!

—A mí me parece un planeta vulgar y corriente.

—No me refería a Dorox, sino al hecho de haber llegado en sólo seis días. Sólo tu nave es capaz de una proeza semejante. Bueno, y también tú, que eres un piloto excepcional.

—Muchas gracias.

—Las gracias debo dártelas yo a tí. Y te las voy a

dar con un beso de categoría.

—Te lo puedes ahorrar.

—¿No quieres que te bese, Viktor…?

—No serviría de nada, y tú lo sabes.

—Por eso quiero besarte, porque sé que no puede pasar nada —sonrió malévolamente Jana.

Viktor le dirigió una furiosa mirada.

—¡Vete al diablo, Jana!

La joven rió.

—No te alteres, Viktor. Sólo era una broma.

—Estoy de tus bromas hasta las narices!

—Está bien, te pido perdón. Y te prometo no volver a hacer alusión a tu problema.

—¡Lo dudo mucho!

Jana reprimió la risa y posó nuevamente su mirada en el planeta Dorox.

—¿Has estado alguna vez en Dorox, Viktor?

—No, nunca —gruñó Bosanska.

—He oído decir que es un planeta bastante peligroso.

—Yo también.

—Ho Julius lo sabía. Sin embargo, se empeñó en organizar una expedición y…

—¿Por qué quieres reunirte con él, Jana?

—Le pedí que me dejara formar parte de la expedición, pero se negó rotundamente. Precisamente por eso, porque había oído hablar de los peligros de este pequeño y lejano planeta. Yo insistí, pero no logré convencerle. Cuando partió, decidí contratar una vez por mi cuenta y reunirme con él en Dorox. Naturalmente, pensé en ti. Tu nave me parecía la mejor. Dudé, no obstante, en proponértelo, por lo que había pasado entre nosotros; pero finalmente decidí recurrir a ti. Desgraciadamente, te encontrabas de viaje cuando te busqué y tuve que aguardar tu regreso.

—¿Por qué no alquilaste otra nave?

—Quería viajar en la tuya. Aparte de ser la más

veloz, me siento más segura en ella que en ninguna otra. Será, quizá, porque confío mucho en ti como piloto. Como hombre, ya es otra cosa.

Viktor la miró severamente.

—No me pinches, Jana.

—No te he dicho nada nuevo. Tú sabes muy bien que rompí contigo porque descubrí que te ibas a la cama con otras mujeres. Con todas las que encontrabas.

—¡Eso no es cierto!

—Bueno, será mejor que lo dejemos. De nada sirve discutir.

Viktor masculló una imprecación, pero aceptó dejar el tema Entre otras cosas, porque la nave ya estaba en condiciones de empezar a sobrevolar la superficie de Dorox.

Desactivó los cohetes de frenado y preguntó:

—¿Tienes una idea aproximada del lugar en donde podemos encontrar a tu tío, Jana?

—No, ninguna. Pero eso no será problema, porque podemos ponernos en comunicación con él y preguntarle dónde se halla posada su nave —sugirió la joven.

—Lo intentaré.

Viktor hizo la llamada, pero no obtuvo respuesta.

—No contesta nadie, Jana.

—Insiste, Viktor.

Bosanska b hizo, pero el resultado fue el mismo.

—Es inútil, ya lo ves.

Jana se apretó nerviosamente las manos.

—¿Qué habrá podido pasar, Viktor?

—No lo sé. Quizá su silencio se deba únicamente a que en este momento ninguno de los expedicionarios se halle en la nave. Puede que hayan salido todos y se encuentren a una cierta distancia de la nave.

—Encuentro raro que no haya nadie en ella. Y me siento muy preocupado, Viktor.

—Pues no debe preocuparte antes de tiempo, Jana. Trataremos de localizar su nave por nuestros propios medios y entonces sabremos por qué no respondieron a nuestras llamadas.

—Así tardaremos mucho.—Bueno, depende de que la suerte nos acompañe o no. Mientras tanto, seguiremos llamando cada diez o quince minutos. Y puede que nos contesten antes de que demos con ellos.

Jana lo miró y sonrió suavemente.

—Gracias por darme ánimos, Viktor.

Este sonrió también, aunque levemente, y aseguró:

—Encontraremos a tu tío, no lo dudes.

—Dios te oiga —respondió Jana, y posó su mirada en la superficie del planeta.

Viktor hizo lo propio.

Había que escrutarlo todo con ojos de lince.

* * *

Dos horas después, la búsqueda de la nave de Julius Klusak y tos miembros de su expedición continuaba. En ese tiempo, Viktor Bosanska había efectuado no menos de diez llamadas, pero ninguna de ellas había sido atendida, por lo que la preocupación de Jana Ceskova iba en aumento.

Por fin, cuando ya el desaliento empezaba a apoderarse tanto de Viktor como de Jana, en vista de lo infructuoso de su búsqueda, Viktor descubrió algo que brillaba a lo lejos.

Dio un respingo y exclamó:

—¡Allí, Jana!

La joven miró hacia donde le señalaba Viktor con el brazo.

—¡Se ve brillar algo!

—Puede ser la nave, Jana.

—¡Vamos hacia allí, rápido!

Viktor realizó la maniobra oportuna y su nave se dirigió hacia ese lugar, Segundos después, comprobaban ambos con alegría que, efectivamente, ío que batían visto brillar a distancia era una nave terrestre.

—¡Es la nave de tío Julius! —exclamó Jana, jubilosa.

—Hemos tenido suerte —sonrió Viktor.

Poco después, sin embargo, la alegría de los dos se enfriaba al descubrir, cerca de la nave, el cuerpo inmóvil y ensangrentado de un hombre que debía llevar varios días muerto.

CAPITULO VI

La nave de tos expedicionarios se hallaba posada junto a un hermoso lago. Era más grande que la de Viktor Bosanska, aunque no tan moderna y, como consecuencia de ello, bastante menos veloz.

Su rampa de descenso se hallaba bajada y la puerta permanecía abierta, pero la nave parecía abandonada. No se veía a nadie ni se oía ruido alguno.

El silencio, tanto en la nave como en sus alrededores, era absoluto.

Y eso no parecía presagiar nada bueno.

Encima, el cadáver de aquel hombre, tirado en el suelo, a sólo unos metros de la nave...

Viktor Bosanska detuvo momentáneamente su nave en el aire, a varios metros del suelo, para poder inspeccionar el lugar sin correr ningún riesgo.

Jana Ceskova, pálida, murmuró:

—Es uno de los miembros de la expedición...

—Sí, ya lo suponía.

—Y está muerto, Viktor...

—No hay la menor duda de ello. Y lleva tres o cuatro días así.

—¿Qué pudo pasar?—Evidentemente, fue atacado por algo. O por alguien.

—¿Y los demás...?

—Habrá que buscarlos.

—¿Buscar... sus cadáveres?

—No tienen por qué estar necesariamente muertos, lana.

—Yo me temo mucho que si, Viktor. Este planeta es muy peligroso, tío Julius no debió venir jamás aquí.

—Tú querías formar parte de la expedición, recuérdalo. Y de hecho estás aquí, en Dorox —repuso Viktor.

—SI, estoy en Dorox, pero sólo por tío Julius. Para convencerle de que debe abandonar este planeta. Desgraciadamente, parece que he llegado, tarde»

—No quiero verte llorar, Jana. Todavía no.

La joven contuvo sus lágrimas.

Viktor hizo descender su nave y la posó junto a la otra. Después, se levantó y dijo:

—Vamos, Jana.

Esta se levantó también y salió de la cabina de mandos, siguiendo a Viktor, quien se colocó un cinto del que pendía una pistola de rayos láser.

—Yo también quiero un arma —dijo Jana.

—Pensaba dártela —respondió Viktor, y le entregó un cinto con la correspondiente pistola de rayos láser.

Mientras Jana se lo colocaba, Viktor hizo bajar la rampa de descenso y abrió la puerta de la nave. No necesitaban equipos especiales para salir de ella, ya que la atmósfera de Dorox era limpia y perfectamente respirable, y su temperatura, cálida y agradable.

Era, por tanto, un mundo apto para ser habitado,

aunque no se tenía noticia de que lo estuviera. Pero claro, se sabía tan poco de Dorox, que nadie podía afirmar o negar que existiesen seres inteligentes en él

Viktor y Jana, desde luego, no habían encontrado el menor signo de vida humana en las dos horas largas que estuvieron sobrevolando la superficie del planeta.

Viktor empuñó su pistola.

—¿Lista, Jana?

—Sí —respondió la joven, empuñando también su arma

—Salgamos. Y procura no separarte más de medio metro de mí. Si ocurre algo, quiero tenerte muy cerca.

—¿Para protegerme mejor?

—Exacto.

Jana se coloró junto a él y le dio un cálido beso en los labios.

—Gracias, Viktor.

—Si no supieras que estoy en el dique seco, no...

—Te habría besado igualmente —aseguró Jana—. Anda, vamos.

Viktor descendió de la nave, seguido muy Me cerca por Jana.

Lo primero que hicieron, fue aproximarse al cadáver del expedicionario que yacía en el suelo, boca arriba. Tenía tantas heridas, que resultaba difícil saber cuál de ellas le causó la muerte.

La del cuello, desde luego, era espantosa, pues parecía atravesárselo desde la garganta hasta la nuca. Pero también las otras heridas eran profundas, y tenía varias en el pecho, en el estómago, y hasta en tos muslos.

Evidentemente, se habían ensañado con él.

Jana apartó bruscamente la mirada, incapaz de seguir contemplando el horrendo espectáculo.

—¡Qué horror, Dios mío! —exclamó, estremecida.

Viktor la rodeó con su brazo izquierdo.

—Tienes que ser fuerte, Jana.

—¿Quién o qué pudo...?

—Por sus heridas, es fácil deducir que no fue atacado por ninguna fiera sedienta de sangre. De haber sido un animal, lo hubiera devorado después de matarlo. No son dentelladas ni zarpazos, sino heridas profundas causadas por un largo y afilado cuchillo. O por un arma muy parecida, y en todo caso primitiva, como podría ser una lanza, una espada, o un machete.

Jana lo miró.

—Entonces, fue un hombre...

—O varios, a juzgar por la cantidad de heridas.

—¿Habitantes de Dorox...?

—Probablemente.

Jana sintió un ramalazo de frío en su espalda y se apretó más a él.

—Estoy aterrada, Viktor — confesó, mirando nerviosamente a su alrededor.

—Estando conmigo, no tienes nada que temer. Ni siquiera en la cama, mientras continúe lo que tú, equivocadamente, llamas «empacho de mujer».

Las palabras de Viktor tuvieron la virtud de arrancar una sonrisa, aunque leve, de los labios temblorosos de Jana.

—Busquemos a tío Julius —dijo.

—Sí. Y empezaremos por la nave. Lo más probable es que no encontremos a nadie en ella, pero debemos revisarla antes de buscar un posible rastro por los alrededores.

—De acuerdo.

Subieron a h nave de los expedicionarios, con las armas prestas.

Con mucha precaución, la revisaron desde la cabina de mandos al último compartimento, que era el de carga, pero no hallaron a ningún miembro de la expedición, ni vivo ni muerto.

A bordo, desde luego, no se veía el menor signo

de lucha. Lo que hubiera ocurrido allí, había tenido lugar fuera de la nave.

—Aquí no hay nadie -—rezongó Viktor—. Salgamos, Jana.

Descendieron de la nave con las pistolas empuñadas, pero afuera todo seguía tranquilo y silencioso. Se detuvieron al pie de la rampa metálica y Viktor dijo:

—Ese hombre, el muerto, debió de quedarse aquí, solo, vigilando la nave, mientras tu tío y los demás realizaban alguna tarea a una determinada distancia. Se vio sorprendido por los atacantes y no pudo defenderse, siendo cruelmente ensartado por las primitivas armas que portaban sus enemigos. Si sucedió todo así, cabe la posibilidad de que tu tío y el resto de los expedicionarios sigan vivos.

—¿Tú crees...?

—Pues que no hayan sido atacados. O que rechazaran el ataque con sus armas, mucho más efectivas que las de los seres que se ensañaron con este pobre desgraciado. Cabe la posibilidad, también, de que hayan caído en manos de sus atacantes. En cualquier caso, he- mes de encontrar su rastro y seguirlo. Sólo así sabremos lo que tía sido de tu tío y de los demás.

—De acuerdo, Viktor.

—Vamos,

Se separaron de la nave y empezaron a escrutar los alrededores, .confiando en hallar el rastro dejado por Julius Klusak y los suyos.

De repente, apareció algo en el cielo.

Y era tan fantástico, que Viktor y Jana se quedaron totalmente estupefactos.

CAPITULO VII

En el cielo habían aparecido dos mujeres.

Dos mujeres jóvenes, hermosas, con un cuerpo espléndido, apenas cubierto por un escueto taparrabos de piel y por un par de adornos metálicos adheridos a las cimas de sus senos. Una tira de cuero, con artísticos remaches incrustados, adornaba su frente y rodeaba su cabeza, sujetando el cabello.

Una de las chicas lo tenía negro como el azabache; la otra, dorado como el oro.

Hasta aquí, todo parecía normal, pues nada diferenciaba a aquellas dos exuberantes hembras de las mujeres terrestres, exceptuando su indumentaria y las armas que portaban, totalmente primitivas, ya que ambas empuñaban lanzas y llevaban sendos cuchillos sujetos a la cadera.

Lo asombroso., b fantástico, lo increíble, estaba en sus espaldas.

Sí, porque allí nacían un par de grandes y hermosas alas que ellas batían como si fueran pájaros gigantescos.

Y eso eran, exactamente.

¡Mujeres-pájaro!

¡Seres alados!

¡Hembras voladoras!

Nada dé extraño tuvo, pues, que tanto Viktor Bosanska como Jana Ceskova se quedaran totalmente paralizados por la sorpresa y no acertaran a reaccionar.

Creían estar soñando.

O viendo visiones.

No podían admitir como real lo que sus asombrados ojos estaban contemplando.

¡Se negaban a aceptar que existiesen mujeres-pájaro!

Pero existían.

Eran reales.

Yvivían en Dorox.

Las dos hembras voladoras habían descubierto ya,

naturalmente, a Viktor y Jana, y venían directamente hacia ellos, veloces halcones cazadores.

Evidentemente, sus intenciones no eran buenas.

No se hubieran aproximado a aquella velocidad de pretender dar, únicamente, la bienvenida a la pareja de terrestres.

¡Aquel lanzamiento casi en picado, con las afiladas lanzas por delante, era un claro ataque!

A pesar de ello, Viktor no hizo uso de su pistola de rayos láser. Se sentía incapaz de disparar contra dos mujeres jóvenes y bellas y destrozar sus hermosos cuerpos, aunque ellas hubiesen adoptado una actitud tan agresiva y peligrosa.

Ylo mismo le sucedió a Jana.

No hubiera dudado en disparar contra una fiera peligrosa o contra un hombre hostil, pero se resistía a abrasar con su pistola de rayos láser a dos mujeres, aunque fuesen mujeres-pájaro.

Pero estaba claro que tenían que defenderse de alguna manera, porque, de lo contrario, lo más probable seria que las dos hembras voladoras los ensartasen con sus lanzas.

Viktor fue el primero en reaccionar.

—¡Tras ese árbol, Jana! ¡Rápido! —gritó, empujándola.

Jana corrió.

El árbol estaba a sólo unos metros de ellos y tenía un tronco muy grueso, que podría servirles de escudo. Era lo único que podían hacer, protegerse tras aquel árbol, porque no tenían tiempo de alcanzar su nave ni la de los expedicionarios.

Estaban ambas más distantes que el grueso árbol y las mujeres-pájaro caerían sobre ellos antes de que pudieran protegerse en cualquiera de ellas.

Aun así, a Viktor y Jana les vino muy justo, ya que, justo en el momento que alcanzaban el árbol, las dos hembras voladoras arrojaban sus lanzas.

Por fortuna, Viktor y Jana se protegieron tras el

grueso tronco y fue éste quien recibió el par de lanzas. Se incrustaron las dos en él y vibraron durante algunos segundos.

Viktor enfundó rápidamente su pistola y salió de detrás del tronco, diciendo:

—¡No te muevas de ahí, Jana!

—¿Qué vas a hacer, Viktor…? —preguntó ella, asomando la cabeza.

Bosanska no respondió.

Jana vio que desclavaba una de las lanzas y adivinó que iba a hacer frente con ella a las dos mujeres-pájaro.

Las hembras voladoras intercambiaron unas breves palabras en su lengua, absolutamente desconocida para Viktor y Jana, y una de ellas, la que tenía el pelo negro, empuñó su cuchillo y atacó valientemente a Viktor.

Lo hizo, naturalmente, desde el aire, sin posarse en el suelo. Era una ventaja que no debía despreciar, aunque ello la obligara a mover continuamente sus alas.

Viktor se defendió muy bien con la lanza, forzando a la mujer alada a ganar altura.

—¡Cuidado, morena, que esto pincha! —dijo, aunque no era su intención herir a la mujer.

Se conformaba con mantenerla a raya, impidiendo que ella pudiera herirle a su vez con el cuchillo.

Sin embargo, lo que realmente pretendía la morena era alejarlo del árbol, para que su compañera pudiera recuperar su lanza.

Y lo consiguió.

Jana vio que la rubia pugnaba por desclavar su lanza y trató de impedirlo.

—¡Atrás, pajarraca!

La mujer alada le dio una patada en la cara y la hizo caer al suelo.

Viktor lo vio y escupió una maldición.

—¡Te dije que no te movieras, Jana! —gritó, y atacó a la rabia.

Esta logró desclavar la lanza a tiempo y se defendió con ella, desviando hábilmente la lanza que empuñaba el terrestre.

La morena dejó que su compañera se las entendiera con Viktor y ella voló hacia Jana, que seguía en el suelo.

Viktor adivinó la intención de la morena y rugió:

—¡Cuidado, Jana! ¡La morena va por ti!

Jana se incorporó de un salto.

Había perdido la pistola de rayos láser en la caída, pero no tenía tiempo de recuperarla, porque la mujer- pájaro caía ya sobre ella, blandiendo su cuchillo.

Jana consigue aferrar la muñeca derecha de la hembra voladora, evitando que el cuchillo se clavara en su pecho, y se dejó caer al suelo, arrastrando con ella a la mujer-pájaro.

Y es que lana se decía que, en el suelo, la morena sería menos peligrosa que en el aire, al no poder hacer uso de sus alas. Es más, éstas entorpecerían sus movimientos y ella tendría más posibilidades de dominarla.

Y así fue.

Las mujeres-pájaro, en el suelo, eran mucho menos temibles que en el aire. La morena, consciente de ello, hizo todo lo posible por remontar el vuelo, pero Jana la tenía bien atrapada y no se lo permitió.

—¡Te quedas aquí abajo, compañera! —dijo, sin soltarle la muñeca derecha.

La hembra voladora la insultó en su lengua y luchó por clavarle el cuchillo en el cuerpo. Tenía fuerza, desde luego, pero Jana no le andaba a la zaga en ese aspecto y no dejó que el acero se incrustara en su carne.

Entretanto, Viktor se las veía con la rubia, que era algo muy serio con una lanza en las manos.

Atacaba y se defendía de maravilla, poniendo en serios aprietos al terrestre.

Hacía valer, además, su condición de mujer alada, mareando a Viktor con sus rápidos desplazamientos en el aire, lo que le permitía atacarle desde todos lados.

Viktor maldijo entre dientes.

Le urgía dominar a la rubia, para poder acudir en ayuda de Jana, pero no encontraba la manera de reducir a la mujer-pájaro. Bastante hacía con evitar, una y otra vez, que la lanza de* la hembra voladora se clavara en su cuerpo.

El último ataque de la rubia le hizo caer de espaldas al suelo.

La mujer-pájaro lanzó una exclamación de júbilo, pensando que había ganado la lucha. Sólo tenía que proyectarse sobre el terrestre y hundirle su lanza en el pecho, antes de que él pudiera levantarse.

La rubia, efectivamente, se proyectó con rapidez sobre Víctor, pero éste, en un alarde de reflejos, hizo girar su cuerpo más rápidamente aún y la lanza se clavó en el suelo.

La hembra voladora maldijo en su lengua y se apresuró a desclavar su lanza, pero Viktor, que no quería que la rubia remontase nuevamente el vuelo, saltó sobre ella y la sujetó con fuerza.

—¡Aquí abajo te quería yo ver, compañera!

La mujer-pájara, que no había llegado a desclavar totalmente su lanza, recurrió al cuchillo, pero Viktor le atenazó la muñeca en seguida y te impidió' utilizarlo.

—¡Ya está bien de cosas que pinchan, hermana! —dijo, antes de asestarle un seco puñetazo en la barbilla.

La rubia puso los ojos en blanco y soltó el cuchillo, quedando totalmente muerta. Había perdido el conocimiento y ya no era en absoluto peligrosa.

Viktor se irguió con prontitud.

—¡Voy en tu ayuda, Jana!

—¡De prisa, Viktor! —pidió la joven—. ¡No consigo arrebatarle el cuchillo a esta fiera con alas!

Bosanska corrió hacia ella y agarró del pelo a la mujer-pájaro.

—¡Suelta ese cuchillo, morena! —ordenó, tirando con ganas de la negra mata de cabello.

La hembra voladora dio un grito de dolor, pero no soltó el arma

Viktor la arrastró por el suelo, separándola de Jana, y cuando vio que ésta ya no corría ningún peligro, te soltó el cabello a la mujer alada.

La morena, rabiosa, intentó asestarle una feroz cuchillada al terrestre, pero el puño de éste se estrelló en su mentón, con bastante dureza, y la dejó sin sentido.

CAPITULO VIII

Viktor Bosanska se miró los nudillos que acababa de utilizar y rezongó:

—En mi vida le había dado un puñetazo a una mujer y hoy me he visto «Aligado a golpear a dos,

Jana Ceskova, que ya se había puesto en pie, masculló:

—Esto no son dos mujeres. ¡Son dos pajarracas!

—¿Lo dices porque tienen alas...?

—¡Por eso y por otras cosas!

Viktor las observó a las dos.

La del pelo negro, a causa de sus forcejeos con Jana, había perdido los adornos metálicos que llevaba adheridos a las cimas de sus senos y éstos se hallaban ahora totalmente desnudos.

—De cuerpo, desde luego, están sensacional... —murmuró.

Jana se enfadó.

—¿Cómo puedes pensar en eso ahora...? ¡Esas dos pájaras han estado a punto de matarnos!

—Sí, es verdad — carraspeó Viktor.

—¡Debimos disparar sobre ellas cuando vimos que nos atacaban!

—Yo no fui capaz. Y tú tampoco, Jana. Son mujeres; con alas de pájaro, pero mujeres. Mujeres jóvenes y hermosas. ¿Cómo íbamos a destrozarlas con los rayos láser...?

—¡Ellas no se anduvieron con tantos miramientos!

—Lo sé. Y me disgusta que sean tan agresivas y tan fieras. Nosotros no les habíamos hecho nada. No tenían motivos para atacarnos. No debieron hacerlo.

—Después de su ataque, ya sé quién mató y se ensañó con ese pobre desgraciado —rezongó lana, mirando un instante el cadáver del expedicionario—. ¡Las mujeres-pájaro!

Viktor suspiró.

—Me temo que estás en lo cierto, Jana.

—¿Por qué lo harían?

—No sé si tendrían algún motivo. Quizá no les guste que gente desconocida se aposente en un territorio que consideran de su dominio y atacan a cualquier extranjero que ose penetrar en él.

—¡Pues eso no está bien!

—Son seres primitivos, Jana, y encuentro lógico que se asusten al ver posarse en sus dominios una nave procedente de otro planeta. Ponte en su lugar y dime qué pensarías tú.

Jana se mordió los labios y confesó:

—Yo también me asustaría. Y mucho. Pero no sería capaz de ensañarme con ningún extrajere, ensartándolo con mi lanza una y otra vez. Hay que ser muy ruin para hacer una cosa así.

—O tener motivos para odiar a los extranjeros. Si las mujeres-pájaro han sido atacadas y maltratadas

por ellos...

—No creo que tío Julius y los miembros de su expedición hayan causado daño alguno a estas mujeres, Viktor.

—Seguramente no, pero puede que no fueran los primeros en posarse en los dominios de las mujeres-pájaro. Y si los que vinieron antes que ellos las trataron mal...

—No se puede descartar esa posibilidad, desde luego —admitió lana.

Viktor suspiró de nuevo.

—Bien, sea como fuere, el caso es que tenemos en nuestro poder a dos mujeres-pájaro, inconscientes. Pero sospecho que no tardarán mucho en despertar, por lo que creo conveniente atarlas.

—¿Atarles qué? -preguntó Jana—. Porque, si les atamos las manos, emprenderán igualmente el vuelo. Y tampoco servirá de nada que les atemos los pies. Habría que atarles las alas, pero eso sé me antoja bastante difícil...

—Tienes razón, Lo mejor es cortárselas.

Jana respingó.

—¿Cortárselas...?

—Sí, voy por las tijeras.

Jana abrió la boca de par en par.

—¡Tijeras...! —exclamó, cuando pudo hablar.

Viktor se echó a reír.

—Es una broma, mujer. ¿Cómo iba yo a..? Las ataremos a un árbol y eso impedirá que puedan levantar el vuelo.

Jana sonrió.

—Me había creído lo de cortarles las alas, bribón. ¡Y con unas tijeras...!

—Ve por una cuerda. Y no tardes, ¿eh?

—La traeré en un minuto.

Jana, que ya había recuperado su pistola de rayos láser, corrió hacia la nave de Viktor con el arma empuñada, porque podían aparecer nuevas mujeres-

pájaro y ser más de dos.

Y si tal cosa ocurría, ella no dudaría esta vez en hacer uso de la pistola, porque no quería morir ensartada a lanzazos.

Mientras corría, miró el cielo, pero no detectó ninguna hembra voladora. Alcanzó la nave y subió rápidamente a ella.

Viktor vigilaba, a las prisioneras, que seguían sin conocimiento, pero miraba también hacia arriba de vez en cuando, por si aparecían más mujeres aladas.

Y, al igual que Jana, estaba dispuesto a utilizar su pistola de rayos láser si se veían atacados por un numeroso grupo de hembras voladoras. Le sabría mal, pero tampoco él quería morir ensartado por las lanzas de las mujeres-pájaro.

En cuanto vio que Jana se introducía en la nave, se agachó y posó su mano izquierda en los pechos desnudos de la que tenía el pelo negro, admirándose de su consistencia.

—Y que yo no pueda sentir nada... -—se lamentó, mientras los acariciaba con suavidad.

Lanzó un suspiro de resignación y se irguió, porque no quería que Jana le sorprendiera toqueteando los senos de una de las mujeres voladoras.

Jana apareció casi en seguida con la cuerda. Una cuerda larga y delgada, pero extraordinariamente resistente. La joven se reunió con Viktor y se la entregó.

—Ayúdame a llevarlas a ese árbol —pidió Viktor, señalando uno que no tenía el tronco tan grueso como el que les sirviera de escudo a él y a Jana.

Las arrastraron a las dos hacia allí, las colocaron contra el árbol, y Viktor las ató a él con la cuerda. Estaba terminando, cuando a la rubia se le desprendió uno de los adornos metálicos.

—Vaya, otro que quiere ver lo que pasa —carraspeó, posando los ojos en el rosado y erecto

perón.

Jana le arreó un codazo.

—Se lo has quitado tú, ¿verdad? —gruñó.

—No, se le ha caído solo.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

Jana recogió el adorno metálico y trató de colocarlo de nuevo en su sitio, pero encontró dificultades.

—¿Cómo diablos se colocará esto...?

—Tú sabrás, que eres mujer —sonrió Viktor.

—Soy mujer, pero no he llevado nunca chismes de estos en mis pechos —gruñó Jana.

—¿Me dejas probar a mí?

—¡No! Tú acaba con la cuerda.

Viktor obedeció y, deliberadamente en esta ocasión, enganchó con la cuerda el otro adorno metálico y h hizo saltar, dejando a la rubia con ambos senos al aire.

Jana se enfureció.

—¡Lo has hecho adrede, granuja!

—¿El qué? —se hizo el despistado Viktor.

Jana iba a responder, cuando la rubia levantó la cabeza y los miró a los dos furiosamente.

—¡Ha vuelto en sí, Viktor!

—Ya lo veo —respondió Bosanska, y se apresuró a atar el extremo de la cuerda.

—¡Obla! ¡Mugo! ¡Corek! —gritó la mujer-pájaro, con ojos centelleantes.

—¿Qué dice...? — exclamó Jana.

—Creo que se está acordando de tu madre y de la mía —respondió Viktor, con ironía.

—¡Pues se va a ganar una buena bofetada!

—Cálmate, Jana. En realidad, no tengo la menor idea de lo que ha dicho.

—A lo mejor estaba cabreada por lo de los adornos...

—No creo. Cubren muy poco.

—Lo siento, chica, pero yo no sé cómo se pone esto —rezongó lana, y arrojó el adorno metálico.

Los ojos de la mujer-pájaro centellearon de nuevo.

—¡Debla! ¡Sago! ¡Urok!

—¿Qué habrá dicho ahora...? —preguntó Jana.

—Le ha tocado el turno a tu padre y al mío.

Jana levantó la mano.

—¡Que le atizo!, ¿eh?

Víctor iba a decir algo, pero se frenó al ver que la otra hembra voladora, la del pelo negro, volvía también en sí.

—Mira, la morena se ha recobrado también.

—Veremos h que nos llama ésta —gruñó Jana.

La morena los miró con ojos llameantes y escupió también algunas palabras en su lengua.

—¿Recuerdos para nuestras abuelas, Viktor...? —dijo Jana, irónica.

—O para nuestras tías —repuso Bosanska, sonriendo.

—Creo que las voy a hinchar a bofetadas a las dos.

—Tranquila, Jana. Creo que el motivo de su ira no es otro que el verse atadas a un árbol. No pueden volar y eso es lo peor que le puede ocurrir a un pájaro. Y también a una mujer-pájaro, claro.

—¡Que se chinchen!

Viktor se pasó la mano por el pelo.

—Tenemos que encontrar la manera de interrogarlas, Jana. Si logramos que nos entiendan, podrán decirnos qué ha sido de tu tío y del resto de los miembros de la expedición.

—Lo veo difícil, porque... —empezó a decir Jana, pero se interrumpió al ver que las dos mujeres-pájaro se ponían a chillar a la vez, claramente aterrorizadas.

CAPITULO IX

Jana Ceskova, desconcertada, exclamó:

—¿Qué les ocurre...?

Viktor Bosanska miró hacia donde parecían tener fijos los ojos las dos mujeres aladas y al instante comprendió por qué chillaban de aquella manera.

Había aparecido un alacrán.

Dicho así, no parece motivo suficiente para aterrorizar a dos mujeres tan valientes y acostumbradas a la lucha como la pareja de hembras voladoras capturadas por los terrestres, pero viendo al alacrán se comprendía fácilmente.

¡Era enorme!

¡Gigantesco!

¡Terrorífico!

Viktor calculó que el bicho tendría unos cuatro metros, por lo menos, y el par de temibles pinzas que nacían en la parte anterior de su cuerpo eran larguísimas.

Pero, si temibles eran sus pinzas, con las que no sólo podía atrapar seres humanos, sino incluso partirlos en dos con poco que apretara, más temible aún era el corvo y venenoso aguijón ubicado en el extremo de su cola.

Su pinchazo tenía que ser mortal de necesidad.

Con todo, las mujeres-pájaro no se hubieran llenado de terror de no hallarse atadas a un árbol, porque no era la primera vez que veían uno de aquellos monstruosos alacranes.

Habían visto varios y les habían hecho frente bravamente, logrando acabar con ellos con sus lanzas. Pero claro, manteniéndose siempre en el aire, gracias a sus alas, lo cual no podían hacer ahora.

Y ésa era la causa principal de su terror, el saberse absolutamente indefensas, pues pensaban que Viktor y lana echarían a correr, para ponerse a salvo, y las dejarían a merced del gigantesco alacrán, que

las destrozaría con sus enormes pinzas y les inyectaría sendos chorros de veneno con su mortífero aguijón.

Pero estaban equivocadas.

Viktor y Jana nunca harían una cosa así, por mucho que ellas hubiesen intentado ensartarlos con sus lanzas. También ellos eran valientes y además tenían con qué defenderse del inminente ataque del terrorífico alacrán.

—¡Mira, Jana! — exclamó Viktor, señalando al animalote.

Jana se volvió y descubrió también al colosal alacrán, lo que le hizo dar un respingo tremendo.

—¡Qué horror!

—¡Viene hacia aquí! ¡Hay que acabar con él!

Era cierto.

El gigantesco bicho había descubierto ya sus presas e iba directo hacia ellas, moviendo sus patas con gran rapidez, las temibles pinzas en alto, dispuestas a cerrarse sobre los cuerpos de sus víctimas, el aguijón tenso, vibrante, deseoso de clavarse y soltar veneno.

Las mujeres-pájaro chillaron aún más agudamente al ver que el monstruoso alacrán se lanzaba al ataque y patalearon con desesperación, convencidas de que les quedaban apenas unos segundos de vida. .

Viktor extrajo velozmente su pistola de rayos láser, apuntó al bicho, y accionó el disparador. El rayo láser alcanzó al animal en el abdomen y le obligó a frenar su carrera.

El alacrán chilló de dolor, mientras se retorcía y agitaba sus poderosas pinzas, tratando inútilmente de alcanzar a sus enemigos, porque éstos aún no se hallaban lo suficientemente cerca.

Jana, que había desenfundado también su arma con mucha rapidez, efectuó un disparo y el rayo láser abrasó y destrozó aún más el cuerpo del alacrán.

El bicho siguió chillando y retorciéndose, incapaz de reanudar su avance. Otros dos rayos láser cayeron sobre su cuerpo y lo acabaron de destrozar.

El alacrán se movió todavía un poco, aunque muy débilmente ya, y después quedó rígido. Acababa de morir.

* * *

Jana Ceskova lanzó un hondo suspiro de alivio.

—¡Vaya susto!

Viktor Bosanska enfundó su arma.

—Para susto, el que se han llevado nuestras prisioneras. Les tiemblan hasta las alas.

Jana miró a las dos mujeres-pájaro.

Ya no chillaban ni pataleaban, pero estaban pálidas y temblorosas, aunque sus expresiones ya no eran de terror, sino de asombro y admiración a la vez.

Asombro, porque no creían que se pudiera acabar tan fácilmente con un bicho tan enorme y tan peligroso. Y admiración, porque los terrestres no habían huido aterrorizados, como ellas pensaban, sino que habían hecho frente con valentía al monstruoso alacrán, evitando que las destrozara con sus pinzas y les clavara su venenoso aguijón.

—Pensabais que os íbamos a dejar a merced de ese gigantesco alacrán, ¿eh? —adivinó Jana.

—Seguro que lo pensaban —dijo Viktor.

—Les hemos salvado k vida. Espero que se den cuenta y sepan agradecérnoslo.

—Para eso tendrían que olvidar que fuimos nosotros quienes las atamos al árbol

—Si no nos hubieran atacado...

—Bien, en cualquier caso creo que ahora están en mejor disposición efe responder a nuestras preguntas —dijo Vitor—. Si conseguimos que nos entiendan,

claro.

—Yo lo dudo bastante, sinceramente —confesó Jana.

—Debemos intentarlo, al menos.

—Está bien, adelante.

—Empezaré por decirles nuestros nombres, para que ellas nos digan los suyos. Prestadme atención, preciosas. Yo me llamo Viktor —se puso la mano en el pecho—, Yo, Viktor... Y ella se llama Jana —tocó ahora el pecho de la que fuera su novia—. Ella, Jana... Yo, Viktor; ella, Jana. Viktor... Jana... Viktor,.. Jana... —repitió, poniendo alternativamente su mano en su pecho y en el de Jana

Esta reprimió una sonrisa.

—Te estás aprovechando, Viktor.

—¿Qué?

—¿Por qué no me pones la mano en el estómago? ¿Tiene que ser necesariamente en el pecho?

—Mujer, para que nos entiendan mejor —carraspeó Viktor—. Además, ya sabes que yo sigo noqueado y...

—Está bien, continúa — sonrió Jana.

Viktor repitió su nombre y el de Jana algunas veces más, comprobando con satisfacción que las mujeres- pájaro ponían mucha atención en lo que decía y en lo que hacía.

Fue la morena la primera en captarlo, ya que repitió:

—Viktor... Jana... Viktor... Jana...

—¡Eso es! —exclamó Bosanska.

—Te han entendido, Viktor... —dijo Jana.

—Son unas chicas muy listas. Ahora, nenas, decidme vuestros nombres, porque si yo me llamo Viktor, y ella se llama Jana, tú te llamas... —posó su mano en el desnudo busto de la morena.

—Sula.

—¿Cómo has dicho...?

—Sula. Sula. Sula.

—¡Se llama Sula! —aclamó Viktor—. ¿Y tú, rubia...? Ella se llama Sula y tú te llamas... —le puso la mano en el pecho.

—Nela.

—¿Cómo?

—Nela. Nela. Nela — repitió la rubia.

—¡Sula y Nela! ¡Fantástico! ¡Podemos entendernos con ellas, Jana!

—Me alegro mucho. Y ahora, empieza el interrogatorio. Sin ponerles la mano en el pecho, si es posible.

Viktor tosió.

—Tú siempre tienes que pensar mal, Jana. Y eso que conoces mi problema...

—No durará mucho.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablaremos de eso en otro momento. Lo que interesa ahora, es interrogar a estas dos pájaras y tratar de que nos digan lo que ha sido de tío Julius y los demás.

—¿Julius?... —repitió Sula, la del pelo negro, como si el nombre le sonara.

Viktor y Jana respingaron a dúo.

—¡Ha pronunciado el nombre de mi tío! —exclamó ella.

—¡Lo conocen, Jana! —adivinó él.

—¡Pregúntales, Viktor! —apremió la joven, muy nerviosa.

Bosanska se encaró con las mujeres-pájaro.

—¿Qué sabéis de Julius Klusak y los hombres que llegaron con él en esa nave...? —preguntó, señalando la de los expedicionarios—. Sólo hemos encontrado a uno de ellos, muerto. ¿Matasteis vosotras a ese hombre...? —apuntó al muerto. ¿Habéis matado también a los demás? ¿Los capturasteis vivos...?

Las hembras voladoras se miraron.

—Julius... —murmuró la morena.

La rubia pronunció también el nombre del tío de

Jana.

Después, ambas se pusieron a hablar en su idioma.

Jana, impaciente, rezongó:

—No nos enteramos de nada.

—Ten calma, Jana. Creo que me han entendido. Están deliberando entre ellas —adivinó Viktor.

De pronto, Sula miró al cielo y exclamó algo en su lengua.

Nela hizo lo propio.

Las dos parecían contentas.

Y tenían motivos para estarlo, porque un numeroso grupo de mujeres-pájaro acababa de aparecer en el cielo.

CAPITULO X

Viktor Bosanska y Jana Ceskava descubrieron también la aparición de las hembras voladoras.

—¡Más mujeres-pájaro, Viktor! —exclamó Jana.

—¡Y son muchas! ¡Más de una docena! —calculó Viktor.

—¡Tendremos que utilizar las pistolas!

-¡No!

—¡Si no nos defendemos con ellas, nos matarán!

—¡Complicaría las cosas, Jana! ¡Tenemos que hacernos amigos de las mujeres-pájaro, y no lo conseguiremos si matamos a algunas de ellas! ¡Debemos demostrarles que no somos sus enemigos, que no queremos hacerles ningún daño!

—¡Ellas sí nos lo quieren causar a nosotros, Viktor! ¡Nos ensartarán con sus lanzas si no hacemos uso de nuestras armas!

—¡Confía en mí, te lo ruego! —pidió Bosanska, y se apresuró a desatar a las prisioneras.

Jana se sorprendió.

—¿Qué haces...?

—¡Soltarlas!

—¿Es que te parecen pocas las que están a punto de atacarnos...?

—¡Quizá así no nos ataquen!

—¡Estás loco!

Viktor no hizo caso y acabó de soltar a las mujeres-pájaro.

Sula y Nela, más sorprendidas aún que lana, se pusieron en pie, pero no remontaron el vuelo. Lo que sí hicieron, fue recuperar sus lanzas y sus cuchillos, aunque no amenazaron a tos terrestres con las afiladas lanzas.

El grupo de hembras voladoras estaba ya muy cerca. Podían arrojar sus lanzas contra la pareja de terrestres, pero, por el momento, no lo hicieron.

Parecían desconcertadas por la inesperada liberación de sus dos compañeras, así como por pacífica actitud de éstas. Sula y Nela estaban libres, habían recuperado sus armas, pero no atacaban a los extranjeros. Ni siquiera remontaban el vuelo, dando la impresión de que no temían nada de ellos.

Las mujeres aladas formaron un círculo en el cielo, a sólo unos metros del suelo.

—Nos han rodeado, Viktor —murmuró lana, apretando con fuerza su pistola de rayos láser.

—Sí, pero no nos atacan —repuso Bosanska—. Creo que mi plan está dando resultado.

—Como no lo sé, no viviremos para contarlo.

—Te repito que confíes en mí, lana.

—Confío plenamente, pero si me arrojan una lanza, me pondré a disparar como loca y me llevaré unas cuantas mujeres-pájaro por delante —rezongó lana.

—Si nos atacan, yo también haré uso de mi arma —aseguró Viktor, oprimiendo la pistola—. Pero tengo muchas esperanzas de que no sea así.

—¿Por haber soltado a Sula y Nela...?

—Si. Y porque salta a la vista que no les hemos hecho ningún daño, cuando pudimos matarlas con nuestras pistolas. Y ellas lo saben. Nos vieron utilizarlas contra el alacrán gigante. Por eso Sula y Nela no nos amenazan con sus lanzas. Para ellas dos, al menos, ya no somos enemigos. Y espero que se lo digan a sus compañeras.

—Ya tardan, pues —rezongó Jana.

Como si hubieran entendido lo que decían Viktor y Jana, Sula y Nela empezaron a hablar con sus compañeras. Y aquello, más que en una conversación, se convirtió pronto en una discusión.

—Parece que no están de acuerdo —murmuró Jana, nerviosa.

—Creo que Sula y Nela nos están defendiendo —repuso Viktor—. Les han contado a sus compañeras que pudimos matarlas con nuestras armas y no lo hicimos. Y les han contado también que no huimos cuando apareció el alacrán gigante, que le hicimos frente, salvándolas de una muerte tan segura como horrible. Ellas dos no quieren que sus compañeras nos ataquen y nos den muerte. Algunas están de acuerdo en perdonarnos la vida, en agradecimiento por lo que hicimos con Sula y Nela, pero otras, por lo visto, desean ensartarnos con sus lanzas a pesar de todo. Por eso discuten.

Jana se mordió los labios y confesó:

—Mis nervios no aguantan más, Viktor. Si no dejan de discutir, creo que empezaré a disparar.

—Piensa en tu tío, Jana. Tendremos más posibilidades de rescatarlo si…

—¿Rescatarlo?…

—Está vivo, Jana.

—¿Cómo lo sabes?

—Si hubiera muerto, Sula y Nela no conocerían su nombre. Si lo saben, es porque lo capturaron vivo. Y puede que no sea el único miembro de la expedición que las mujeres-pájaro tengan cautivo.

—Dios mío, cómo me gustaría que estuvieses en lo cierto... —dijo Jana, esperanzada.

—Tu tío está prisionero en el poblado de las mujeres-pájaro, estoy seguro.

—¿Has dicho poblado...? -Sí.

—A lo mejor viven en nidos.

Viktor no pudo reprimir una sonrisa.

—No creo.

—Son mujeres-pájaro, ¿no?

—Sí, pero no ponen huevos.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Dios, Jana. Salta a la vista que son mujeres normales de la cabeza a los pies.

—Pero tienen alas de pájaro. Y vuelan como ellos.

—Misterios de la Naturaleza.

—¿También los varones tendrán alas...?

—Supongo que sí. Serán hombres-pájaro.

—¿Y dónde diablos estarán...? Porque nosotros, hasta ahora, sólo hemos visto hembras.

—Es cierto.

—¿No será que no existen varones en su raza...?

—Eso es imposible. Ellas son mujeres y necesitan hombres para poder tener hijos. Con alas o sin alas, pero hombres. Si no tuvieran contacto con el sexo opuesto, su raza se hubiera extinguido ya.

—Sí, tienes razón. Aunque a mí me parece muy raro que sólo hayamos sido atacados por mujeres.

—Puede que las guerreras sean ellas, las hembras, y los varones se dediquen a preparar la comida, hacer la colada, y limpiar la casa. O el nido, según tú.

—No me tomes el pelo, Viktor —sonrió Jana.

Mientras ellos hablaban, las mujeres aladas seguían discutiendo, cada vez más acaloradamente. Había dos, especialmente, que replicaban a gritos a Sula y Nela.

Eran, por lo visto, las más difíciles de convencer.

Viktor, que se había dado cuenta de ello, las vigilaba a ambas de una manera especial, como si intuyera que el peligro podía venir de ellas.

Y acertó, ya que una de ellas, la que tenía el pelo rojo, arrojó de repente su lanza, tomando como blanco el pecho del varón terrestre.

—¡Cuidado! —gritó Viktor, empujando a lana, porque él no sabía a cuál de los dos iba dirigido el mortal lanzazo, así que lo mejor era que ambos cambiaran de lugar.

La lanza pasó rozando el costado izquierdo de Viktor, pero sin llegar a herirle. Jana, furiosa, hizo ademán de disparar sobre la mujer voladora que les había arrojado la lanza.

—¡Todavía no, Jana! —rogó Viktor, bajándole el brazo.

La otra mujer-pájaro que replicaba gritando a Sula y Nela arrojó también su lanza, pero Sula reaccionó con rapidez y desvió con su lanza la otra, la que buscaba los cuerpos de los terrestres.

Viktor y Jana, por si acaso, habían cambiado nuevamente de posición.

Sula, rabiosa, insultó a las dos compañeras que habían intentado matar a los terrestres y las amenazó seriamente, con la palabra y con el gesto, que fue sumamente expresivo.

Y lo mismo hizo Nela.

Fueron unos momentos de gran tensión para Viktor y lana, pues no sabían si las mujeres-pájaro les arrojarían nuevas lanzas, siguiendo el ejemplo de las otras dos, o se pondrían todas de parte de Sula y Nela, aceptando perdonarles la vida.

Afortunadamente, ninguna otra lanza buscó los cuerpos de los terrestres. Sula y Nela, con su decidida intervención, habían conseguido que sus compañeras desistieran de acabar con la pareja de extranjeros.

Viktor se dio cuenta de ello y dijo:

—Creo que podemos respirar tranquilos, lana.

—¿Estás seguro...?

—Sula y Nela se han puesto claramente de nuestro lado, ya lo has visto. Nos han defendido y han logrado convencer a sus belicosas compañeras.

—Yo aún no las tengo todas conmigo —rezongó lana.

—Mira, se están posando en el suelo.

—Veremos para qué.

—No nos atacarán, no temas. Su actitud ha dejado de ser amenazante.

—Yo no me fío de la pelirroja ni de la otra. Han querido matarnos y sé que, en cuanto tengan ocasión, lo intentarán de nuevo.

—Tendrían que vérselas con Sula y Nela —repuso Viktor—. Y apuesto a que nuestras amigas son mejores luchadoras que ellas.

Jana se calló, porque Sula y Nela se habían vuelto hacia ellos.

Con gesto tranquilo, la morena cogió la mano derecha de Viktor y le obligó, aunque con suavidad, a enfundar su pistola de rayos láser.

Viktor no ofreció ninguna resistencia, comprendiendo que era lógico que las mujeres-pájaro no desearan verse apuntadas por un par de armas tan poderosas.

Nela, la rubia, obligó a Jana a enfundar la suya. Jana sí ofreció algo de resistencia.

—Viktor...

—No temas, Jana. No va a pasar nada, así que puedes guardar tranquilamente tu pistola.

La joven obedeció.

Segundos después, Sula, la morena, decía:

—Julius... Julius... Julius...

CAPITULO XI

El corazón de Jana Ceskova dio un brinco.

—-¡Está pronunciando otra vez el nombre de mi tío, Viktor!

Viktor Bosanska sonrió.

—Intuyo que van a llevarnos donde está él ¿Verdad que sí, preciosas...?

—Julius... Julius... —pronunció también la rabia.

—¡Dios mío, que nos lleven pronto a su lado! ¡Pídeselo tú, Viktor!

—Lo haré, aunque creo que no es necesario. Queremos ver a Julius Klusak, hermosas. Llevadnos con él, por favor. Estamos deseando abrazarle.

Sula se dio la vuelta, cogió los brazos de Viktor, y los levantó hacia su cuello.

—¡Quiere que te agarres de su cuello, Viktor! —adivinó Jana.

—¿De su cuello...?

—¡Sí!

—¿Para qué?

—Sospecho que vamos a volar, Viktor!

—¡Oh, no...!

—¡Sí, nos van a llevar en sus espaldas!—¡Nos caeremos, Jana!

—¡Habrá que agarrarse bien, para evitarlo!

Nela había ofrecido también su espalda a Jana, y ésta no dudó en rodear el cuello de la rubia con sus brazos.

—¡Yo ya estoy lista, Viktor!

—Madre mía... —murmuró Bosanska, pasando también sus brazos por el cuello de la morena y quedando encajado entre sus grandes y hermosas alas.

El resto de las mujeres-pájaro los observaban, unas con gesto divertido y otras con el semblante serio.

La pelirroja y la otra, que habían recuperado ya sus lanzas, sintieron deseos de clavárselas a los terrestres en sus espaldas, pero no se atrevieron.

No olvidaban las amenazas de Sula y Nela, y

sabían que no dudarían en cumplirlas si ellas mataban a la pareja de extranjeros.

Nela fue la primera en levantar el vuelo, batiendo vigorosamente sus alas, y Jana se elevó con ella, bien agarrada a su cuello. Su cuerpo no dificultaba en absoluto el movimiento de las bellas alas de la rubia, que parecía transportarla a sus espaldas con un esfuerzo mínimo.

Sula se elevó también, cargada con Viktor y con su lanza en la mano derecha, como Nela. A continuación, sus compañeras las imitaron, levantando el vuelo casi todas a la vez.

Nela y Sula estaban ganando ya altura.

Demasiada, en opinión de Viktor, que continuaba con el temor de una posible caída.

—¡Nos estamos elevando mucho, morena! —exclamó.

—¡Julius! —respondió ella.

—Sí, ya sé que nos lleváis donde está él, pero llegaríamos igual si volarais un poco más bajo, ¿no crees?

—Julius… —repitió Sula, y siguió elevándose, lo mismo que Nela y el resto de sus compañeras.

Viktor miró hacia abajo y no pido evitar un escalofrío.

—¡Que batacazo nos vamos a dar, madre!

—¡Tranquilo, Viktor! —dijo Jana—. ¡Sula y Nela saben lo que se hacen!

—¡Y yo sé lo que nos vamos a hacer nosotros! ¡Picadillo!

Jana rió.

—¡No mires hacia abajo, Viktor! ¡Te sentirás mejor!

Viktor hizo caso.

Por fin, las mujeres-pájaro dejaron de ganar altura y pasaron a volar horizontalmente, batiendo sus alas de forma majestuosa y planeando a ratos.

Viajar así, desde luego, era sencillamente

maravilloso.
Y Viktor acabó reconociéndolo.

* * *

Las mujeres-pájaro debían de tener su morada lejos del lago junto al cual posaran su nave Julius Klusak y los miembros de su expedición, y también Viktor Bosanska, pues llevaban ya quince minutos volando y nada hacía suponer que faltaba ya poco para llegar.

Viktor, mucho más tranquilo que al principio, gozaba de verdad con el fantástico vuelo, bien sujeto al cuello de Sula. Y lo mismo le sucedía a Jana Ceskova, realmente maravillada.

—¡Esto es fabuloso, Viktor!

—¡Y que lo digas!

—¡Imagino que las alas de Nela son mías y me siento pájaro!

—¡Yo también!

—Bueno, en realidad tú has sido siempre un buen pájaro. Sin alas, pero pájaro.

Viktor rió.

—¡No es momento para reproches, Jana!

—¡Tienes razón!

Las mujeres aladas siguieron volando.

Sula y Nela, pese a llevar en sus espaldas a Viktor y Jana, respectivamente, no acusaban ningún cansancio.

De repente, por la cima de una montaña próxima, apareció un numeroso grupo de seres voladores. En principio, Viktor y Jana pensaron que se trataba de más mujeres-pájaro, pero pronto se dieron cuenta de que no eran hembras, sino varones.

—¡Son hombres-pájaro, Viktor! —exclamé Jana.

—Serán los maridos, que salen a recibir a sus correntonas esposas —respondió Bosanska, con buen

humor.

Pero en seguida se vio que no.

No podían ser los maridos de las mujeres aladas. Ni siquiera sus amigos, porque venían dispuestos a atacarlas.

Eran, por tanto, sus enemigos.

Los enemigos más peligrosos que tenían las mujeres- pájaro en Dorox, ya que, al poder volar exactamente igual que ellas, les resultaba muy difícil vencerles.

Los varones poseían, lógicamente, una mayor fortaleza física, y eso se notaba cada vez que se enfrentaban a las mujeres y entablaban encarnizada lucha con ellas.

A pesar de ello, las mujeres-pájaro, muy bravas todas ellas, no les temían y presentaban siempre dura batalla, ganando muchas de ellas y haciendo incluso prisioneros.

Esto último era muy importante, puesto que los varones capturados vivos servían a las hembras para quedar embarazadas. Los obligaban al acto sexual y así se aseguraban la descendencia que precisaban para que la tribu de las mujeres-pájaro no menguara y acabara por desaparecer.

O por ser dominada por los varones, que aún sería peor, porque eran terriblemente crueles.

Los hombres-pájaro, cuando ganaban una lucha, procuraban también capturar algunas hembras vivas, Y la razón era la misma, claro. Violaban a las mujeres, para dejarlas encintas, y así su tribu aumentaba.

Si los hijos eran varones, claro.

Si eran hembras...

No, no se quedaban con ellas. Las mataban a los pocos minutos de haber nacido.

Ellos sólo querían varones.

Y las mujeres-pájaro, naturalmente, se veían también obligadas a matar a sus hijos varones.

Habían propuesto a los hombres, en más de una ocasión, canjear sus hijos varones por las hijas que las mujeres forzadas por ellos habían tenido, para evitar muertes, pero los hombres no aceptaban.

Así de mal estaban las cosas entre los hombres y las mujeres de Dorox. Su odio venía de lejos y, en vez de decrecer, aumentaba día a día.

Y ello se iba a poner de manifiesto, una vez más, en la lucha que estaban a punto de iniciar.

CAPITULO XII

Las mujeres-pájaro, en cuanto vieron aparecer a sus acérrimos enemigos, se prepararon para la lucha. Jamás la rehuían, a menos que tos hombres-pájaro les superasen claramente en número.

En esta ocasión las superaban, pero no por mucho. Los hombres serían unos veinte, mientras que ellas sumaban quince, incluyendo a Sula y Nela, aunque éstas, por el hecho de llevar en sus espaldas a k pareja de terrestres, así quedaban descartadas para el combate, pues, lógicamente, no podrían moverse con la rapidez y agilidad que el caso requería.

Si lo hacían, lo más probable sería que Viktor Bosanska y Jana Ceskova se soltasen de sus respectivos cuellos y se precipitasen al vacío, y tal vez Sula y Nela no tuviesen tiempo de recogerlos antes de que se estrellasen contra el suelo.

Teniendo en cuenta esto, los hombres-pájaro contaban con una ventaja muy estimable, al ser prácticamente veinte contra trece, y lógicamente deberían ganar la lucha.

Pero había que contar, también, con Viktor y Jana.

Ahora eran amigos de las mujeres-pájaro y estaban obligados a defenderlas. O lo que es lo

mismo, a intervenir en la lucha

Y lo hicieron, en cuanto vieron que los hombres-pájaro atacaban furiosamente a las mujeres, Al igual que éstas, los varones llevaban un breve taparrabos de piel y portaban lanzas y cuchillos, E incluso algunas mazas.

—¡Parece que no se llevan bien, Jana! —exclamó Viktor.

—¡Es evidente que no!

—¡Habrá que echarte una mano a las chicas!

—¡Y rápido!

Viktor se sostuvo solamente con su brazo izquierdo y empuñó su pistola de rayos láser,

—Procura no moverte mucho ahora, ¿eh, Sula? —rogó.

La morena estaba a punto de ser atacada por uno de los hombres alados, pero, a pesar de ello, no realizó ningún desplazamiento brusco, para no arrojar a Viktor al vacío.

Y eso que sabía que quedándose quieta corría un gran peligro, porque toda la ventaja estaba de parte de su enemigo.

Por suerte para ella, Viktor hizo funcionar su arma y el rayo láser alcanzó al hombre-pájaro en una de sus alas, destrozándosela literalmente.

El tipo bramó de dolor y, como no podía volar con un ala destrozada, se precipitó al vacío.

—¡Ese va tocado del ala, Sula! —exclamó Viktor, en tono irónico.

La morena lanzó una exclamación de júbilo y repitió:

—¡Viktor! ¡Viktor! ¡Viktor!

El terrestre rió y efectuó un nuevo disparo, destrozándole la cabeza a otro hombre-pájaro. El tipo, naturalmente, se fue para abajo como un plomo.

Sula dio otro grito de contenta.

Nela también gritaba, jubilosa, porque Jana había empuñado su arma y estaba disparando ya contra los

hombres-pájaro. Se había cargado a dos, como Viktor.

—¡Bravo, Jana! —exclamó Bosanska, y abatió a otro hombre alado.

—¡Les daremos una buena lección, para que aprendan a respetar a las mujeres! —dijo Jana, y fulminó a otro macho volador.

Desgraciadamente, las mujeres-pájaro también sufrieron bajas.

Una de ellas recibió un lanzazo en el estómago y se fue para abajo, perdiendo sangre a chorros. Otra, no pudo evitar que la lanza del hombre volador que luchaba con ella se clavara en su pecho, justo a la altura del corazón, y también ella se precipitó al vacío, dando un grito estremecedor.

Las mujeres, por su parte, dieron muerte a dos hombres.

El resto, seguían luchando encarnizadamente.

Ahora, el combate estaba bastante equilibrado, al haber sufrido ya ocho bajas los hombres. Quedaban solamente doce, mientras que las mujeres eran trece.

Pero, como las pistolas de Viktor y Jana seguían escupiendo rayos láser, el número de hombres-pájaro continuó decreciendo con rapidez, hasta quedar reducido muy pronto a seis.

Y como seis hombres eran muy pocos para enfrentarse a trece mujeres, más a la pareja de terrestres, que estaban causando verdaderos estragos con sus poderosas armas, los tipos emprendieron la huida.

La pelirroja que intentara acabar con Viktor, arrojó su lanza con mucha fuerza y se la clavó en la espalda a uno de los hombres-pájaro que huían, justo entre las alas.

El tipo lanzó un terrible alarido y se hundió en el vado.

La mujer-pájaro que imitara a la pelirroja, cuando la discusión con Sula y Nela, volvió a imitarla ahora,

logrando incrustar su lanza en la espalda de otro de los hombres que habían abandonado la lucha.

El tipo emitió un grito ensordecedor y se fue también para abajo.

Víctor y lana hubieran podido acabar con los cuatro hombres-pájaro que huían, pero no quisieron dispararles. Ya no suponían ningún peligro para las mujeres, así que...

Sin embargo, las mujeres-pájaro no estaban dispuestas a que los cuatro varones escaparan y se lanzaron en su persecución. Querían atraparlos, a ser posible con vida, para llevarlos a su morada y obligarlos al acto sexual.

Como Viktor y Jana ignoraban todo eso, se sorprendieron de que las hembras voladoras persiguieran a los cuatro hombres-pájaro. Pensaban que querían darles muerte y no estaban muy de acuerdo con ello, porque una cosa era la lucha cara a cara y otra muy distinta ensañarse con el enemigo derrotado.

Sula y Nela también perseguían a los cuatro hombres-pájaro, como sus compañeras, deseosas igualmente de capturarlos vivos.

Las mujeres, gracias a su menor peso, podían desarrollar un vuelo más veloz, y eso les permitió dar alcance a los cuatro varones y rodearlos, amenazándolos con sus lanzas.

Los tipos comprendieron que estaban atrapados, que morirían los cuatro si ofrecían resistencia, porque las mujeres los triplicaban en número.

Pensaban, además, en las temibles armas de la pareja de terrestres, así que no dudaron en arrojar sus armas y entregarse a las mujeres voladoras.

Al ver que las hembras aladas pretendían solamente eso, hacer prisioneros a los cuatro hombres-pájaro, Viktor y Jana se sintieron mucho mejor.

Poco después, reanudaban la marcha hacia la

morada de las mujeres aladas.

* * *

Viktor Bosanska se sentía verdaderamente contento.

—Las cosas nos están saliendo a pedir de boca, Jana.

Ella lo miró.;

—¿Tú crees?

—El haber ayudado a las mujeres-pájaro, en su lucha contra los hombres, nos va a beneficiar mucho. Si tienen a tu tío cautivo, como nosotros pensamos, no creo que se nieguen a entregárnoslo y se opongan a que abandonemos el planeta con él.

—Ojalá sea así.

—Nos deben todas la vida, porque los hombres eran superiores en número y las hubieran vencido. Gracias a nosotros, sólo sufrieron dos bajas.

—Es verdad.

—Se lo recordaremos, si se resisten a entregarnos a tu tío.

—Me muero de ganas de abrazarle —confesó Jana.

—Ya lo supongo — sonrió Viktor.

Siguieron volando todos, a gran altura.

Los cuatro hombres-pájaro capturados lo hacían con las manos atadas a la espalda y custodiados por las mujeres, que los amenazaban con sus lanzas.

Algunos minutos después, legaban a la morada de las mujeres-pájaro.

Vivían en las montañas, en varias cuevas, todas ellas enormes, profundas, literalmente inaccesibles para cualquier ser viviente que no tuviera alas.

Los únicos que podían llegar hasta allí, eran tos hombres-pájaro, claro. Pero no se atrevían, porque las entradas de las cuevas se hallaban vigiladas tanto

de día como de noche, lo que permitía a las hembras voladoras descubrir la aproximación de sus enemigos y dar la alarma con tiempo suficiente para rechazar el ataque.

Y lo mismo ocurría en la morada de los hombres-pájaro, idéntica a la de las mujeres, pues también ellos vivían en las montañas, en gigantescas cuevas, permanentemente custodiadas, por lo que tampoco las mujeres aladas se atrevían a atacarles allí.

Las luchas casi siempre tenían lugar lejos de las moradas de los unos y las otras, aunque a veces se realizaban audaces incursiones en los dominios del enemigo, tanto por parte de los hombres como de las mujeres, llegando hasta muy cerca de las cuevas en las que vivían.

La llegada de las mujeres-pájaro produjo alborozo y sorpresa a la vez. Alborozo, porque traían consigo a cuatro hombres alados vivos; y sorpresa, porque Sula y Nela llevaban en sus espaldas a una pareja de extranjeros.

Los cuatro hombres-pájaro fueron introducidos en una de las cuevas, la destinada a los prisioneros. Allí serían encadenados a la pared y aguardarían el momento de inseminar, por la fuerza, a las mujeres jóvenes de la tribu.

Sula y Nela no penetraron en esta cueva, sino en otra, ubicada justamente enfrente de la que podía denominarse cueva-prisión. La entrada de la cueva tenía varios metros de altura y otros tanto de amplitud, por lo que Nela y Sula la cruzaron volando.

Y así, sin poner los pies en el suelo, se adentraron en la caverna y llegaron casi hasta el fondo. Entonces, se posaron en el suelo y Viktor y Jana pudieron soltarse de sus cuellos.

Sula señaló con su brazo hacia la izquierda y dijo:

—Julius...

CAPITULO XIII

Viktor Bosanska y lana Ceskova miraron hacia donde indicaba la morena y descubrieron a Julius Klusak. Estaba sentado en el suelo, con la cabeza teja y h espalda apoyada en una roca.

Era un hombre delgado, tenía el cabello gris, y las facciones bondadosas. Había cumplido ya los cincuenta años de edad. Su traje, azul oscuro, de una sola pieza, estaba sucio y ofrecía algunos desgarros, así como varias manchas de sangre.

Tratándose de alguien que se hallaba cautivo de las mujeres-pájaro, era normal que ofreciera aquel aspecto tan poco limpio y aseado. Lo que ya no parecía tan normal es que, siendo un prisionero, no estuviera atado.

Ello se debía, quizá, a que como Julius Klusak no era un ser alado, no tenia la menor posibilidad de escapar de aquella profunda cueva ubicada a muchos metros del suelo, en una montaña cuya pared parecía haber sido cortada a pico.

De aquella cueva, como de las otras, sólo se podía salir volando, y Julius Klusak no podía volar, porque carecía de alas. Esto, unido al hecho de que él era ya un hombre de edad, que no estaba en condiciones de apoderarse de una lanza o un cuchillo y atacar a las mujeres-pájaro que lo tenían cautivo, hada innecesario que las mujeres aladas lo tuvieran atado o encadenado a la pared, como solían hacer con los hombres-pájaro que capturaban vivos.

Jana Ceskova sintió que la emoción la embargaba.

—¡Tío Julius! —exclamó.

Klusak respingó al oír la voz de su sobrina y levantó la cabeza.

—¡Jana...! —«clamó a su vez, con ojos dilatados.

Y es que no podía creer lo que estaba viendo.

Le parecía imposible que su sobrina estuviera allí,

en Dorox, en la morada de las mujeres-pájaro.

—Debo de estar soñando... —murmuró.

—¡No es ningún sueño, tío Julius! —dijo Jana, yendo hacia él con los brazos abiertos.

Klusak se puso en pie y abrió los suyos.

El abrazo fue tremendamente emotivo.

—Jana, sobrina...

—Ho Julius...

Lloraron los dos de alegría y de emoción.

—¿Cómo es posible que...? —preguntó Klusak

—Viktor Bosanska me trajo en su nave —explicó Jana—. ¿Recuerdas a Viktor, tío Julius...?

Klusak posó sus mojados ojos en Bosanska.

—Sí, claro que lo recuerdo.

Viktor se aproximó, visiblemente emocionado también, y le tendió la mano.

—Me alegro de verle, profesor Klusak.

—Lo mismo digo, muchacho — respondió el científico, estrechándole la diestra.

—¿Qué tal se encuentra?

—Bien, dentro de lo que cabe.

Jana intervino:

—¿No estás herido, tío Julius...?

—No.

—¿Y esas manchas de sangre...?

—Me goteó un poco la nariz. Sufrí un golpe y... Bueno, no tuvo ninguna importancia.

—Encontramos a uno de los miembros de su expedición cerca de la nave, muerto —dijo Viktor—. ¿Qué ha sido de los demás, profesor...?

Julius Klusak se estremeció perceptiblemente.

—Murieron, también.

—¿Todos...? —exclamó Jana.

—Sí, los cinco hombres que traje conmigo están muertos. Sólo quedo con vida yo. Y me parece un milagro que las mujeres aladas no hayan acabado también conmigo.

Viktor y Jana cambiaron una mirada.

Después, ella preguntó:

—¿Los mataron las mujeres-pájaro, tío Julius...?

—Sí —respondió Klusak—. Y tenían motivos para hacerlo, os lo aseguro.

—¿Qué pasó, profesor? —inquirió Viktor.

—No supe elegir a los hombres que debían acompañarme a Dorox. Sólo me preocupé de que fueran jóvenes, fuertes y valientes, porque sabía que este planeta era peligroso y necesitaría protección. Durante el viaje ya me di cuenta de que los cinco tenían malos instintos, que habían accedido a acompañarme sólo porque les iba a pagar muy bien, pero que a ninguno de ellos le importaba lo más mínimo la importante labor de investigación que yo pensaba realizar en Dorox — explicó el científico.

—Continúe, profesor —rogó Viktor.

—Después de posar la nave junto al hermoso lago, ordené a uno de los hombres que se quedara en ella, vigilando, y les dije a tos otros cuatro que vinieran conmigo. Quería escrutar los alrededores, conocer bien él terreno, antes de ponerme a trabajar. Nos habíamos alejado ya varios centenares de metros, cuando, de repente, aparecieron en el cielo dos mujeres aladas, jóvenes y hermosas, prácticamente desnudas, como van todas... Naturalmente, nos quedamos los cinco paralizados de asombro. Las dos hembras voladoras nos observaron a su vez con curiosidad. Portaban armas, pero no nos atacaron. Sólo querían contemplarnos, estudiarnos de cerca. A pesar de ello, y sin que yo lo ordenara, los cuatro hombres que venían conmigo dispararon contra las mujeres con sus fusiles, alcanzándolas en las alas. Se precipitaron las dos contra el suelo y...

El profesor Klusak hizo una pausa, como horrorizada por lo que ocurrió después.

—Sigue, tío Julius —pidió Jana.

El científico asintió con un leve movimiento de cabeza y continuó el relato:

—Los tipos se lanzaron sobre ellas como fieras. Las mujeres estaban vivas, sólo habían sufrido dañó en las alas, pero su caída no fue demasiado violenta. Intentaron defenderse, pero fueron sujetadas por los cuatro hombres, despojadas de su escueta vestimenta, y… Yo, adivinando lo que iba a suceder, grité y ordené a los tipos que las soltaran, pero no me hicieron ningún caso. Enfurecido, los ataqué, pero me golpearon y caí al suelo, aturdido. Y así, medio inconsciente, presencié horrorizado cómo aquellos cuatro salvajes violaban a las dos mujeres aladas, las estrujaban, las mordían…

Jana se llevó las manos al rostro.

—¡Qué horror, Dios mío!

—Ya sabía yo que algún motivo debían tener para atacamos sin más —rezongó Viktor, con los puños apretados.

—Julius Klusak prosiguió:

—Algunos minutos después, apareció un numeroso grupo de mujeres aladas. Los tipos seguían abusando de las dos desgraciadas y descubrieron demasiado tarde que iban a ser atacados por las compañeras de las mujeres que ellos estaban violando. Dos de ellos murieron sin haber tenido tiempo de empuñar sus fusiles. Los otros dos sí empuñaron los suyos y mataron a cuatro mujeres-pájaro, antes de ver sus pechos atravesados por sendas lanzas. Las mujeres, furiosas, se ensañaron con los cuatro cadáveres, llenándolos de heridas. A mí, quizá porque vieron que no intervenía en la canallada, o porque las dos mujeres violadas les dijeron que intenté defenderlas, siendo golpeado por los tipos, no me ensartaron con sus lanzas, pero me hicieron prisionero. Me ataron de pies y manos, y cargaron conmigo. Antes de traerme aquí, volaron todas hacia el lago, sorprendieron al hombre que había quedado vigilando la nave, y lo mataron también, ensañándose asimismo con él, empujadas

por la ira y por el odio.
—Es lógico que actuaran así —dijo Viktor—. Lo que hicieron esos cuatro canallas…
—Me equivoqué al elegirlos, ya lo dije antes. Y menos mal que no permití que tú nos acompañaras, porque con lo bonita que eres, no creo que esos tipos te hubieran respetado.
—Estoy segura de que no —respondió su sobrina, estremecida.
—¿Cómo lo han tratado a usted las mujeres-pájaro, profesor? — preguntó Viktor.
—Bien, no puedo quejarme. Me dejaron en esta cueva y me tuvieron atado el primer día. Después, me soltaron y me dieron de comer. Debieron adivinar que soy inofensivo. Creo que por eso no me han matado. Yo he intentado hablar con ellas, pero es muy difícil entenderse con las mujeres aladas. Sólo han captado que me llamo Julius. Repiten mi nombre con bastante frecuencia.
—Gracias a eso, a que las mujeres-pájaro conocían tu nombre, supimos que seguías vivo y que te tenían cautivo —dijo Jana.
—¿De veras…?
—Sí, en cuanto les preguntamos por un tal Julius…
El científico rió y pidió:
—Contádmelo todo, muchachos.
Viktor y Jana te refirieron lo sucedido desde que posaron su nave junto al lago, cerca de la otra, hasta su llegada a la morada de las mujeres-pájaro.
Julius Klusak quedó gratamente sorprendido.
—¿Así que sois amigos de las mujeres aladas…?
—Afortunadamente — asintió Viktor.
—¿Nos dejarán marchar, entonces…?
—Seguro que sí.
—¿A los tres…?
Jana le echó los brazos al cuello.
—Yo nunca me iría sin ti, tío Julius.

—Ni yo —dijo Viktor—. Vinimos por usted, profesor, y con usted nos iremos.

—Gracias a los dos —respondió el científico, nuevamente presa de la emoción, y besó a su sobrina.

Después, abrazó a Viktor.

Sula y Nela contemplaban la escena, sonrientes.

Eran dos chicas agradecidas y no permitirían que ninguna de sus compañeras hiciese daño a los terrestres, a los que defenderían con sus propias vidas si era necesario.

EPILOGO

Afortunadamente, Sula y Nela no tuvieron necesidad de defender a los terrestres, porque, después de la actuación de Viktor y Jana durante el enfrentamiento con los hombres-pájaro, ninguna de sus compañeras deseaba ya su muerte.

Ni siquiera la pelirroja y la otra, las que tan acaloradamente discutieran con Sula y Nela, antes de intentar acabar con la pareja de terrestres.

Tampoco deseaban su cautiverio, así que no se opusieron a que Viktor, Jana y Julius abandonaran su morada, cuando éstos les hicieron entender que tenían que marcharse y regresar a su planeta.

No pudieron hacerlo, sin embargo, hasta por la mañana, pues había oscurecido y era muy peligroso para las mujeres aladas salir de su morada de noche.

Los terrestres lo comprendieron y no insistieron, accediendo a pasar la noche en aquella cueva, en donde cenaron muy bien y descansaron cómodamente sobre lechos de pieles.

Por la mañana, cumpliendo su palabra, las mujeres- pájaro trasladaron a Viktor, Jana y Julius hasta el lago, llevándolos, naturalmente, en sus espaldas.

Viktor volvió a volar con Sula y Jana con Nela.

En esta ocasión, no se tropezaron con ningún grupo de hombres alados y alcanzaron el lago sin incidente alguno. Al, se despidieron de las mujeres-pájaro y subieron los tres a la nave de Viktor.

La otra quedaría allí, junto al lago, en espera de ser recogida en un próximo viaje. Poco después, la nave de Viktor se elevaba y abandonaba Dorox, el planeta de las mujeres y hombres voladores.

Horas más tarde, hallándose Julius Klusak en el camarote de Jana, descansando, ésta se personó en la cabina de mandos y sugirió:

—¿Por qué no conectas el piloto automático, Viktor...?

—¿Para qué?

—Me apetece hacer el amor contigo.

Viktor la miró, ceñudo.

—¿Pitorreo encima..?

—No, lo digo en serio, cariño.

—Sabes que sigo noqueado.

Jana se sentó en sus rodillas, se abrió el traje, para que Viktor pudiera ver y acariciar sus senos, y después le pasó los brazos por el cuello.

—¿Estás seguro de que sigues noqueado¡ amor mío...?

—Claro —gruñó Viktor.

Jana le besó como ella sabía hacerlo.

Viktor le acarició los pechos, por hacer algo, pues estaba convencido de que no iba a servir de nada. Pero se equivocó, porque no tardó en sentir que su problema había desaparecido.

Interrumpió el beso y gritó:

—¡Estoy curado, Jana!

Esta se echó a reír.

—Se te ha pasado el empacho de mujer, ¿eh?

—¡Eso parece!

—Me alegro, porque yo te sigo queriendo y deseo que me hagas tuya.

Viktor la abrazó.

—Yo también te quiero, Jana. Siempre te he querido y siempre te querré. Y deseo que seas mi esposa.

—¿No me engañarás con otras mujeres…?

—Te juro que no.

—Entonces, acepto.

Volvieron a besarse.

Después, Viktor conectó el piloto automático, tomó en brazos a Jana, y la llevó a su camarote, para demostrarle que la deseaba más que nunca.

FIN



PUNTO ROJO
intriga...
ROJO
PUNTO ROJO
misterio ...
ROJO
suspense...
ROJO
acción ...
ROJO